
América

Latina:

**¿Renacimiento
o decadencia?**

César Cansino

Víctor Alarcón Olguín



César Cansino
Víctor Alarcón Olguín

América
Latina:
¿Renacimiento
o decadencia?

**América
Latina:
¿Renacimiento
o decadencia?**

303.44

C23a

Cansino, César

América Latina: ¿Renacimiento o decadencia? César Cansino y Víctor Alarcón Olgúin / -- 1 ed. -- San José: FLACSO -Programa Costa Rica /Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), 1994

124 p.

ISBN 9977-68-058-2

1. Desarrollo económico - América Latina 2. Desarrollo social - América Latina. 3. América Latina -Historia 4. Democracia -América Latina. 5. Touraine, Alain 6. Merquior, José G. I. Alarcón Olgúin, Víctor II. Título.

Editora:

Vilma Herrera

Procesamiento del texto:

Mercedes Flores

FLACSO
Secretaría General

Centro de Documentación e Información

Clasificación: 2058

Inscripción;

Registro: 2058

Fecha: 17-05-00

© Programa Costa Rica - FLACSO

Primera edición: Setiembre 1994

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO

Programa Costa Rica, Apartado 11747, San José, Costa Rica

"Somos el otro Occidente: condenados a mediar entre el Norte y el Sur, geocultural y económicamente, nuestro destino no es resistir a la modernidad. Es simplemente modularla".

José G. Merquior

PRÓLOGO

Las páginas reunidas en este libro fueron escritas con el afán de esclarecernos el actual panorama de incertidumbres que caracterizan el presente latinoamericano. Nunca antes como ahora, la magnitud de los desafíos nos había conducido a disyuntivas tan dramáticas como la que da título al presente volumen. Sin exagerar, el futuro de millones de personas que habitamos en esta parte del planeta depende en buena medida de las decisiones que hoy tomen sus representantes políticos. A su favor, América Latina cuenta con la oportunidad inédita de plantear alternativas multilaterales debidamente concertadas entre sus países, confiriéndole una posición de bloque con capacidad de interlocución en el nuevo ordenamiento internacional.

Pese a las enormes expectativas que en los años ochenta generaron las transiciones democráticas, éstas no garantizaron por sí solas la estabilidad política o la afirmación de un proyecto económico y social más justo y equitativo en sus resultados prácticos. Lejos de ello, la sombra de la ingobernabilidad, acrecentada por las difíciles condiciones económicas, se ha dejado sentir nuevamente en varios de nuestros países. Los más pesimistas pronostican incluso una nueva ola golpista o la extensión en la región de soluciones políticas semiconstitucionales o semi-militares, como en el caso reciente de Perú.

Como suele suceder, los problemas no se presentan o generan aisladamente, sino que son parte de una cadena de múltiples eslabones. La actual crisis de legitimidad de la mayoría de nuestros ordenamientos políticos no sólo tiene su explicación en la pervivencia de formas patrimonialistas y centralizadas de dominación que históricamente configuraron a nuestros Estados, sino que su agudización reciente refleja una marcada incapacidad de sus gobiernos para enfrentar los graves problemas económicos producto, entre otras cosas, de la posición nada ventajosa en que son colocadas sus economías dentro del nuevo ordenamiento mundial de bloques comerciales, por parte de los centros hegemónicos.

En el pasado reciente, América Latina se dejó guiar por los modelos desarrollistas promovidos por Estados Unidos. Pero sus resultados prácticos nunca colmaron las expectativas locales. En la actualidad, un nuevo modelo económico rige las políticas públicas en la región: el neoliberalismo. Pero sus consecuencias han sido recesivas incluso para el Primer Mundo. De ahí que las opciones económicas para nuestros países exijan ser repensadas global y regionalmente.

Los proyectos neoliberales, impulsados por varios países desde finales de los años ochenta, no garantizan por sí solos un tránsito e integración ventajosos para la región a la nueva economía-mundo. A nivel interno, los ajustes económicos han implicado hasta ahora la marginación de amplios sectores de la población, así como un incremento de la brecha económica que separa a los ricos de los que menos tienen. Algunos países han ensayado políticas sociales con fines de legitimación que han funcionado más como paliativos pragmáticos e inmediatistas que como soluciones de largo plazo de los grandes problemas sociales. A todo ello debe sumarse una incertidumbre generalizada sobre el papel que esta parte del mundo puede desempeñar en el nuevo ordenamiento internacional.

Ante esta lista de desastres oponemos, sin embargo, un optimismo mesurado, fundado en nuestra convicción en los valores que han nutrido nuestra historia y nuestra cultura comunes: una lucha permanente de nuestros pueblos por la

emancipación y un profundo sentimiento de solidaridad. Por otra parte, no está dicho que el proyecto neoliberal, dadas sus exigencias colaterales en el sentido de adelgazar y efficientizar las burocracias estatales, no coadyuve en alguna medida a volver más racional la actividad política de nuestros países. De lo que se trata en todo caso es de ingresar a la nueva modernidad con un proyecto que responda a las exigencias y reclamos sociales más sentidos por nuestras masas, aún no integradas al desarrollo. Además de esta integración interna, la integración hacia afuera, tanto regional como extrarregional, es una cuestión ineludible en la agenda de nuestros gobiernos. Ciertamente, se trata de un proceso cuyos resultados no comenzarán a vislumbrarse sino a largo plazo. En todo caso, las decisiones al respecto no admiten improvisaciones sino un renovado solidarismo latinoamericano, a fin de hacer prosperar una posición negociadora coherente con el resto de los bloques comerciales.

La moneda está en el aire. Por lo pronto, conviene tener claro los desafíos y su magnitud. Este es precisamente el objetivo que motiva el presente libro. Los trabajos que se conjuntan aquí abordan desde distintas perspectivas e intereses temáticos los principales desafíos de nuestros países. En el primer capítulo se aborda el problema de la integración en el nuevo orden mundial a la luz del nacimiento de la Comunidad Europea y la distensión del bloque comunista en Europa del Este. En el segundo capítulo se analizan los desafíos políticos de las jóvenes democracias latinoamericanas, atravesadas aún por serias dificultades para consolidar sus estructuras y procedimientos democráticos, así como para aglutinar a su favor mayores consensos. En el tercer capítulo se reflexiona sobre el futuro del continente a partir de la interrogante: ¿conservadurismo o democracia-liberal? La reflexión aquí sirve también como pretexto para incursionar en el pensamiento político de uno de los más grandes intelectuales latinoamericanos: José G. Merquior. Finalmente, en el capítulo cuarto, ante la disyuntiva que da título al libro, definimos nuestra posición y realizamos hipótesis sobre los escenarios posibles a corto plazo.

El volumen se complementa con un par de entrevistas realizadas a dos de los más importantes especialistas a nivel mundial sobre la realidad latinoamericana: Alain Touraine y José G. Merquior. En lo particular, el presente libro pretende ser un tributo a este último autor, recientemente fallecido.

México, **D.F.**, 31 de agosto de 1993

César Cansino
Víctor Alarcón Olguín

PRIMERA PARTE

AMÉRICA LATINA EN EL TIEMPO EUROPEO

En términos generales, las relaciones económico-políticas que han prevalecido entre Europa y América Latina se han caracterizado por una fuerte oscilación que varía según las zonas y los países involucrados dentro de ellas. Sin embargo, puede señalarse que sus resultados aún presentan niveles muy deficitarios si se les compara con los alcances retóricos que se han comprometido durante todos estos años por ambas regiones. Por nuestra parte, estimamos que esta tendencia de alejamiento recíproco crecerá en los próximos años, a menos que se desplieguen acciones concretas que restauren la confianza y rubros de intercambio entre ambas regiones.¹

La agenda bilateral entre América Latina y Europa quizá ha tocado su punto más bajo, en la medida en que cuestiones como la promoción democrática o la deuda externa han dejado de tener el potencial disruptivo que poseían hace cuatro o cinco años en nuestro continente. Sin embargo, la urgencia de temas nuevos como el desarrollo económico sostenido o la consolidación política de los regímenes posdictatoriales aún no han sido lo suficientemente definidos como para captar, desde la lectura

1. M.A. Weita, "La experiencia de Europa 1992 y su influencia en América Latina", *Integración Latinoamericana*, Buenos Aires, INTAL, vol. 15, núm. 158, julio de 1990, pp. 31-43.

europea, un interés mutuo por retener programas en materia de apoyo y complementación.²

De igual manera, Europa ha observado cómo buena parte de los países latinoamericanos parecen volcar sus intereses hacia una interlocución preferente con Estados Unidos y Japón. En tal perspectiva, las comunidades europeas tienden a ponderar el carácter de su presencia en la región latinoamericana, con base en la potencialidad y en el tipo de necesidades del país de que se trate.

Debe reconocerse que el retiro estratégico de América Latina por parte de los países europeos se justifica en buena medida por la reactivación y reincorporación de la ex comunista zona oriental, que ahora se presenta como un mercado con un alto potencial de desarrollo e industrialización, amén de implicar un serio compromiso para las políticas de dicha unión europea, a causa del nexo cultural y lingüístico que los vincula con el "nuevo orden" que se viene construyendo desde el primer minuto de 1992.³ En este aspecto, un dilema central para el panorama latinoamericano es examinar cuáles podrían ser -en términos del famoso estudio de Michael E. Porter- las ventajas "competitivas" y "productivas" que nuestras naciones son capaces de ofrecer para provocar el arribo de capitales y procesos integrales de tecnología.⁴

Otro factor conducente a este alejamiento europeo es el incremento del "proteccionismo cultural", el cual se demuestra en los crecientes actos de rechazo a la presencia de ciudadanos

2. J.M. Insulza, "Europa y América Latina en la reestructuración global", *Ciencia Política*, Bogotá, núm. 20, tercer trimestre de 1990, pp. 71-78.
3. A. Przeworski, "The 'East' Becomes the 'South'? The 'Autumn of the People' and the Future of Eastern Europe", *PS Political Science & Política*, Washington, vol. 24, núm. 1, marzo de 1991, pp. 20-24. De igual manera, J.D. Sachs, "Crossing the Valley of Tears in East European Reform", *Challenge*, Nueva York, vol. 34, núm. 5, septiembre-octubre de 1991 pp. 26-34.
4. M.E. Porter, *La ventaja competitiva de las naciones*, Barcelona, Plaza y Janes, 1991.

latinoamericanos en aquellos países. Esta "derechización" no solo constituye un serio peligro de corte racista, sino también implica riesgos de que el mundo, en vez de lograr una globalización, parezca reeditar los motivos ideológicos que en su momento dieron motivo a la segunda Guerra Mundial: la defensa de la democracia y la libertad ciudadana de ejercer los derechos humanos frente a las miopías totalitarias.^o

Sin embargo, conviene ir por partes. En este sentido, debemos detenernos brevemente en estipular algunas opiniones con respecto a la configuración actual del escenario latinoamericano, mismo que en el año de 1991 mostró un inusitado movimiento hacia la confección de estrategias que tienden a una modificación notable de su traza política y económica. Como ejemplos nítidos de ello pueden mencionarse la convención de mecanismos de apertura y complementación comercial e industrial entre varias de las subregiones del continente, *U. gr.* el llamado MercoSur (cuya base está en el Tratado de Asunción que fue firmado por Brasil, Argentina, Paraguay y Uruguay); la reactivación del Mercado Común Centroamericano; así como la política de tratados bilaterales y trilaterales de libre comercio que México viene desarrollando específicamente con Estados Unidos y Canadá, además del que ha firmado con Chile y de los que se negociaran con Costa Rica y quizá con Nicaragua.

Adicionalmente, estos pasos hacia la apertura también se han venido promoviendo a través de instancias multilaterales como el "Grupo de Río" (mecanismo de consulta regional que actualmente agrupa a 13 naciones del continente) y el interés de abrir un puente de diálogo amplio y permanente con la Comunidad Económica Europea mediante la celebración anual de una Cumbre Iberoamericana, cuya primera edición realiza-

5. J.I. Vázquez Márquez. "La derecha europea". *Ciencia Política*, Bogotá, núm. 21. cuarto trimestre de 1990. pp. 19-30.

6 D. Félix. "Latín Americas Debt Crisis". *World Policy Journal*. Nueva York. New School for Social Research, vol. 7, num. 4. otoño de 1990. pp. 733-771. Sobre los términos del Tratado de Asunción, éste puede consultarse en *Examen*. México. PU, vol. 3. num. 32, enero de 1992. pp. 15-16.

da en la ciudad de Guadalajara, Jalisco, en julio de 1991, concitó la asistencia de 19 países latinoamericanos, así como la participación de los jefes de gobierno de España y Portugal, países cuya política exterior y presencia en el desarrollo del área latinoamericana resaltan por intereses que actualmente van más allá de una obvia responsabilidad histórica y cultural.

Como puede verse, en América Latina se han dado pasos que tratan de compensar el largo periodo de confinamiento en que estuvo durante cerca de dos décadas frente al exterior. El despliegue de esta nueva etapa de concertación representa posibilidades bastante promisorias en el futuro inmediato, aunque bien vale reconocer que su éxito depende del tipo de inserción y oportunidades con que sus gobernantes puedan definir su relación no sólo con la Unión Europea sino con las demás áreas del orbe. La magnitud del atraso hace obligatorio explotar al máximo cada una de estas posibilidades.

Así, el papel en que puede colocarse América Latina como un interlocutor de jerarquía en los foros mundiales de decisión requiere de un reconocimiento de sus capacidades actuales, por ahora cambiantes e insuficientes en materia política y económica. En ese sentido, ciertamente nos hallamos en un nivel muy crítico y que desgraciadamente aún no corresponde a la exigencia competitiva que se requiere en un mundo con mayores necesidades de globalización e integración supranacionales.⁷

Se ha recalcado reiteradamente el carácter de estancamiento, inflación y desigualdad que América Latina ha enfrentado en los últimos 15 años de historia económica. La deuda externa regional (430 mil millones de dólares hasta fines de 1991) se constituyó en el enemigo frontal que absorbió a cerca de las dos terceras partes de su población: 270 millones de personas viven en condiciones de extrema pobreza y se estima que estas cifras podrían incrementarse en caso de que no se produzcan tasas de crecimiento capaces de crear

C. J. Moneta, "Mitos y realidades del nuevo orden mundial Escenarios posibles", *Capítulos del SELA*, Caracas, SELA, núm 19, abril-junio de 1991, pp. 5-17.

empleos estables y alzas salariales que permitan no sólo reactivar un mercado de consumo, sino que faciliten acortar los rezagos que se han acumulado en materia de bienestar social y des industrialización⁸

Casi todas las teorías actuales en materia de relaciones internacionales contemplan que nuestro continente deberá mucho de su futuro inmediato a la suerte que corra Estados Unidos, el cual se ha empeñado en mostrarse como la entidad político-militar que puede garantizar, dentro de este **periodo** de transición y cambio, un **concepto** de seguridad mundial en épocas **críticas (como aconteció en la guerra del Golfo)**.

Aunque tal afirmación no carece de una alta dosis de racionalidad, quizá sería recomendable no apresurarnos en avalar tácitamente este principio y más bien deberíamos preguntarnos como América Latina podría colocarse como una entidad que puede servir como cruce de caminos entre los tres principales ejes de la nueva "estabilidad hegemónica" que surge en las postrimerías de este siglo XX: Estados Unidos, la Cuenca del Pacífico y la Unión Europea.¹⁰ Por ello, creemos válido dar un breve repaso a las ventajas eventuales y reales que cada uno de estos liderazgos muestran para América Latina.

LA INICIATIVA PARA LAS AMERICAS

Para nadie son un secreto las medidas desesperadas que Estados Unidos ha tenido que diseñar para proteger su merca

8. CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago, CEPAL, 1990.
9. H.A. Kissinger, "Un mundo en transformación", *Revista Mexicana de Política Exterior*, México, tWtBD, núm. 61. Asimismo S.P. Huntington, "Los nuevos intereses estratégicos de EU", *Ciencia Política*, Bogotá, núm. 24, tercer trimestre de 1991, pp. 51-66.
10. B. Cumings, "Trilateralism and the New World Order", *World Policy Journal*, Nueva York, New School for Social Research, vol. 7, núm. 2, primavera de 1991, pp. 195-222.

do interno frente a la agresiva actividad de los NIC y de Japón, así como en relación con la veloz configuración del espacio único europeo. Son signos de la "decadencia" ideológica del esquema hegemónico de la "Pax Americana", un déficit presupuestal y fiscal impresionante, un modelo industrial que comienza a ser obsoleto en la medida en que su polo dinámico, como lo era el complejo militar, ha quedado disminuido a partir del "descongelamiento" bélico y la autodisolución que hizo el bloque imperial soviético para convertirse en la Comunidad de Estados Independientes.

Adicionalmente, dentro de esta tendencia conviene identificar una falta de respuesta a sus posturas en materia de apoyar soluciones para la deuda externa del "Sur", lo que ha provocado el fracaso del Plan Brady y que igual camino parezca tener ya la Iniciativa para las Américas, que había sido grandilocuente anunciada apenas en junio de 1990 por el presidente George Bush.¹¹

Simultáneamente, las posibilidades inmediatas de crear mercados libres con gobiernos democráticos no parecen corresponder a las expectativas creadas. A todas luces es evidente la insuficiencia de los recursos con los cuales se intenta echar a andar el proyecto. Al mismo tiempo, los tratados de libre comercio que se pretenden signar por Estados Unidos no incorporan cuestiones vitales como el tránsito irrestricto de personas, la fusión monetaria o la supresión de fronteras políticas y como acontece en la experiencia comunitaria europea lo cual significa, en los hechos, una práctica proteccionista que pide apertura y mercados a cambio de un magro trato preferencial en materia de colocación de inversiones e ingreso de productos provenientes de estos países.¹²

11.0. Buflh, "Iniciativa para las Américas", *Revista Mexicana de Política Exterior*, México, IMRED, núm. 29, invierno de 1990 pp. 51-54.

12. M. Izam, "Europa 92 y la economía latinoamericana", *Revista de la CEPAL*, Santiago, CEPAL, núm. 43, abril de 1991 pp 67-81.

Estos aspectos demuestran una clara tendencia hacia la preservación de los niveles negativos en materia de balanza comercial, mas que a la proposición de un plan regional con preocupaciones de largo alcance. Al mismo tiempo, toda estrategia debe esperar a que la Ronda Uruguay del GATT permita un entendimiento arancelario generalizado en cuestiones como los servicios y los productos agrícolas, áreas en donde los desacuerdos subyacentes con el espacio europeo son agudos y de difícil conciliación.¹³

En concordancia con lo pronosticado por Jerry W. Sanders, vemos que bajo las condiciones antes resumidas, el bloque comercial que se intenta forjar entre Estados Unidos y América Latina parece ser el más débil en comparación con Europa y con la Cuenca del Pacífico, porque esta región -incluido Estados Unidos- ha sido exportadora neta de capitales, además de que existe una bajísima tasa de inversión productiva, consecuencia de una estructura industrial asimétrica y muy atrasada. Todo ello sin dejar de contar con el hecho de que no se prevén flujos masivos de capital a corto plazo.¹⁴

LA CUENCA DEL PACÍFICO

La mirada de América Latina hacia el Pacífico no es homogénea, ya que inicialmente el factor geográfico engañosamente descarta a varios de los países con mayor fuerza de convocatoria regional (como Brasil y Argentina). En este sentido, la lectura continental respecto a estrechar los vínculos con esta

13. K. Esser, "Latin America: Some Comments on Economic and Political Transition", *Economice*, Tubinga, vol. 43, 1991, pp. 107-127.

14. J. W. Bandera, "Retreat from World Order: The Perils of Triumphalism", *World Policy Journal*, Nueva York, New School for Social Research, vol. 7, núm. 2, primavera de 1991, pp. 227-250.

zona no ha tenido un acuerdo tan abierto como el que conjugan Estados Unidos o la propia Unión Europea.¹⁵

De la misma manera, los flujos contables de intercambio comercial si bien van en ascenso en países como México o Chile, para otros como Perú, Ecuador, o los situados en Centroamérica, son inexistentes y se reducen a préstamos de apoyo más que a programas serios de inversión en áreas como el petróleo, la pesca o la industria de ensamble, terrenos en donde preferentemente se observa la principal fuente de intercambio abierta por esta vecindad de mercado. Al mismo tiempo, sólo se contempla como interlocutor a Japón, dejándose de lado a países como Corea del Sur, Australia, Taiwán, Indonesia, Malasia o la región occidental de la ex Unión Soviética, que también disponen de intereses que podrían ser aprovechados por nuestros países.

A diferencia de los elementos dictados por la propuesta estadounidense, la región del Pacífico ya cuenta con mecanismos de libre comercio en pleno curso (como la ANSEA), con lo que la incorporación de nuestros países en estas instancias no tendrían mayores problemas para su desarrollo. Sin embargo, el éxito inmediato depende, en buena medida, del arribo masivo de los excedentes de inversión con que puedan contar Japón y los NIC a corto plazo, amén de que éstos también se hallan atraídos por el mercado oriental europeo y por la conquista definitiva del espacio estadounidense.

LA UNIÓN EUROPEA

En un primer momento, conviene hacer una distinción clara entre las ventajas generales que puede conllevar un mayor estrechamiento de las relaciones subyacentes entre

15. W.L. Guttman, y S.D. Laughün, "América Latina en la era del Pacífico", *Ciencia Política*, Bogotá, núm. 20, tercer trimestre de 1990, pp. 11-27.

América Latina y la recién fortalecida Unión Europea, así como las condiciones de abierta competencia que nuestra región mantendrá con el bloque oriental europeo en busca de capitales y mercados para su desarrollo.

Los indicadores de comercio internacional dan cuenta de la velocidad con que la región europea oriental ha logrado rebasar en materia de preferencias de inversión a la zona latinoamericana.¹⁶ Entre los factores de desventaja que se vienen reconociendo dentro de esta tendencia, destacan el componente menor de importaciones que se hace desde nuestros países; la falta de credibilidad que América Latina posee en los mercados crediticios (recuérdese que en muchos de los planes de reducción de la deuda externa, la contribución europea fue sustantiva); la inestabilidad política que en materia fiscal y comercial tienen nuestros gobiernos, con lo que se desalienta el arraigo de capitales; así como la presencia de altos índices inflacionarios y de tasas cambiarias fluctuantes.

Adicionalmente, cabe mencionar que Europa Oriental tiene unábase productiva más adaptada hacia los modelos industriales de la zona occidental; ello sin contar que la capacitación de su fuerza laboral es más alta y que tiene un componente de costo más bajo, sin dejar de omitir su ventaja geográfica, que al mismo tiempo lo convierte en un mercado de consumo muy atractivo, que tiene incluso un abanico más amplio en materia de planes internacionales para su reactivación.

Tal y como ya se había indicado en el apartado referente a la Iniciativa para las Américas, el desarrollo de relaciones fructíferas entre ambas regiones depende en mucho de una flexibilidad en las políticas comerciales que primordialmente toquen el área del sector agropecuario y que conside-

16.H.S. Gilí, "Las implicaciones económicas para América Latina y el Caribe de los cambios en Europa Oriental", *Capitulan del SELA*, Caracas, SELA, núm. 24, enero-marzo de 1990, pp. 83-99.

17.W. Kostrezewa *et.al.*, "A Marshall Plan for Middle and Eastern Europe", *The World Economy*, Londres, vol. 13, núm. 1, marzo de 1990, pp. 27-49.

ren abrir la agenda a cuestiones ligadas a una presencia mas activa en otros renglones de cooperación tecnológica e industrial, para así incrementar nuestra presencia en productos manufacturados.

Asimismo, la estipulación del Acta Única Europea en 1906. implica un *handicap* de ventaja comparativa, si lo observamos en el contexto apenas reactivado en nuestra región. De igual manera. América Latina tendría que esperar un excelente desempeño competitivo en las exportaciones de la Union Europea en el futuro inmediato para que ésta tendiera a reducir sus niveles de protección arancelarios frente a los productos latinoamericanos, cuestión poco probable al menos en un corto plazo. Así que los próximos años, salvo en algunos contextos y espacios, serán más una expectativa que una realidad.

En ese escenario, las expectativas de América Latina serían incursionar en los mercados europeos occidentales no incorporados a la CEE (Suiza, Austria, así como los países situados en la región escandinava y mediterránea), buscando así un espacio con mayor flexibilidad comercial que permita colocar sus productos en esta zona. Por otra parte es necesario restaurarla "confianza" que nuestros países adeudan en materia de consolidación democrática.¹⁹ Por ahora cabe dejar en entredicho la presencia de un firme modelo político europeo de cara a las recientes tendencias a la neobalcanización ideológica. Pero nuestros países no pueden seguir postergando la profundización de reformas para asegurar las bases de una renovación constantey pacífica de sus gobernantes.²¹¹ De aquí que, a la par de la experiencia europea, no deban echarse en saco roto viejas

18. A. Fuentes y M.C. Rueda. "Europa y América Latina: Relaciones entre bloques comerciales en el decenio de 1990". *Integración Latinoamericana*. Buenos Aires, INTAL, vol. 15. núm. 161-162. octubre-noviembre de 1990. pp. 3-20.

19. Véase el capítulo segundo

20. M.A. Garretón. "La democratización política en América Latina y la crisis de paradigmas". *Leviatán*. Madrid. Fundación Pablo Iglesias, 2a. época, núms. 43-44. primavera-verano de 1991. pp. 59-72.

demandas, pues junto a la integración económica, pudieran darse instancias que nos permitieran la construcción de un Parlamento Latinoamericano, en el cual puedan expresarse tendencias y opiniones que coadyuven a la concertación de medidas que por ahora permanecen en el albedrío de las instancias presidenciales.²¹

IDEAS PARA UN ACERCAMIENTO CONCLUSIVO

La crisis de hoy se asemeja en mucho al contexto político que prevaleció en la gran depresión. Si bien se ha exaltado un panorama de paz y cooperación, éste se ve desdibujado por factores nacionalistas cuya mayor virulencia proviene precisamente de Europa. Su impacto, como ya lo ha advertido Mary Kaldor, puede conducir a una trágica disgregación política del continente, cuyos efectos cabrían ser reconocidos como una suerte de prisión para los propios valores democráticos y liberales que históricamente han residido en ella.²²

Si bien el desarme nuclear y la guerra fría han desaparecido como problemas centrales, aún no cabe observar una reducción ostensible en los gastos defensivos, cuestión constantemente denunciada como uno de los factores del atraso y la pobreza en que se halla sumida la región del Sur. Aún cuando se levantó la cortina de hierro en Europa del Este, ¿cuánto deberemos esperar para que en América Latina se derrumbe el "muro del desarrollo"?²³

21. L. de Riz, "Los partidos políticos y la integración de América Latina", *Integración Latinoamericana*, Buenos Aires, [NTAL, vol. 16, núm. 169, julio de 1991, pp. 3-13.

22. M. Kaldor, "Avoiding a New División of Europe", *World Policy Journal*, Nueva York, New School for Social Research, vol. 7, núm. 1, invierno de 1990-1991, pp. 181-193.

23. C. Fortín, "Las perspectivas del Sur en los años 90", *Pensa*

Mucho menos puede avalarse una noción triunfalista en favor del insularismo económico que en realidad se oculta con la confección de estos nuevos bloques mercantilistas. En ese aspecto, Europa oriental corre el riesgo de estar relegada a una débil inserción como zona maquiladora para países como Alemania, Francia o Inglaterra, ya que las condiciones para obtener un desarrollo acelerado de sus industrias conllevará no sólo la presencia de nuevas tecnologías, sino que exigirá duras adaptaciones que eliminarán de golpe los beneficios de una asistencia social que para bien o para mal operaba en estas naciones y cuya experiencia ya ha sido resentida en nuestros propios países.²⁴

Así que la potencialidad que pueda tener el intercambio futuro de Europa Occidental con América Latina dependerá de qué historia y de qué moral deseamos imponer, si tenemos en cuenta los rasgos del "orden capitalista" reconstituido, descrito entre otros por Bruce Cumings, donde por ahora no hay visos de una efectiva economía socialista de corte alternativo; así como tampoco se puede decir que haya una dominación hegemónica ostensible y que se pueda mantener una tendencia al pluralismo democrático y al multipolarismo militar.²⁵ Asimismo, aún estamos lejos de haber recuperado un margen de confianza en los organismos internacionales como instancias de negociación y resolución de controversias; de igual manera, los reajustes políticos regionales demuestran que el Norte y el Sur han sufrido un cambio sustantivo en sus premisas de discurso y demandas, puesto que se han reducido a factores económicos y cada vez menos ideologizados, políticamente hablando.

mientu Iberoamericano, Madrid, ICI-CBPAL, núm. 18, julio-diciembre de 1990, pp. 183-201

24. G.H. Jefferson y P.A. Petri, "From Marx to Markets". *Challenge*, Nueva York, vol. 33, núm. 5, septiembre-octubre de 1990, pp. 4-6.

25. B. Cumings, "Triateralism and the New...", *up cit* pp 195-210.

Sin embargo, **preocupa** ahora que ante la pérdida de un enemigo en el Este, los esquemas de defensa y seguridad se desplacen hacia el Sur, en una óptica que incluye indiscriminadamente a todos los países que disponen de algún tipo de amenaza (demográfica o de capacidad militar). En ese aspecto, resulta un factor que alimenta en forma muy desfavorable los sentimientos xenofóbicos hacia los latinoamericanos y hacia los ciudadanos de otras nacionalidades no europeas.²⁶

Un factor que puede allanar rápidamente las distancias del desarrollo imperantes entre América Latina y el resto de las regiones, es que la globalización acorte los tiempos y las ventajas comparativas que una rama productiva posee dentro de un determinado nicho de naciones. Las dificultades, como ya se ha visto, dependerán del tipo de política industrial y del aprovechamiento de las inversiones (cada vez más costosas y escasas en su disponibilidad) que se haga por parte de los gobiernos y de los empresarios.²⁷

De otra manera, una cooperación económica más estrecha y redituable entre Europa y América Latina se puede situar en la flexibilización mediante la firma de "acuerdos-macro" (como el que ya dispone México desde 1990 con países como Francia) en donde paulatinamente se puedan ir abriendo rubros y se estipulen reglas para el correcto uso concedido de la propiedad intelectual, las licencias y contratos en materia de tecnología e inversión. De esta manera, se evitarán los costos excesivos de los mitos que aún pretenden definir un nacionalismo industrial agresivo y autárquico frente a las importaciones y los subsidios, pero totalmente alejado de esta nueva realidad interdependiente.

26. J. Kurth, "The Common Defense and the World Market", *Daedalus*, Cambridge, MA., vol. 120, núm. 4, otoño de 1991, pp. 207-228.

27. P. Nunnenkamp, "What are the Future Prospects for the Third World? (Current Problems and Conclusions for Development Cooperation)", *Economics*, Tubinga, vol. 43, 1991, pp. 7-27.

Es conveniente admitir que nuestro cuadro de opciones no presenta un repertorio tan amplio si se le compara con el que estaba disponible hace 20 o 30 años. América Latina, a diferencia de Europa Occidental, presenta un escenario de liderazgos fraccionados y mixtos, donde, a diferencia del postulado liberal de mercado, si se desea aspirar a una mediana posibilidad de salida óptima, no se podrá prescindir de un alto grado de intervencionismo estatal que pueda emprender el reordenamiento del equilibrio macroeconómico, la productividad, la eficacia, la propia reforma de los procedimientos administrativo-burocráticos y que además defina concertadamente el tipo de incentivos factibles para apoyar al sector privado.

De alguna manera, América Latina paga los costos de un modelo de integración tardía que, paradójicamente, tenía antecedentes muy sólidos desde hace 40 años (por ejemplo, en los experimentos fracasados de la ALALC o la ALADI). Al mismo tiempo, no dispone por ahora de foros internacionales que, con una fuerza similar a la de antaño, le permita colocar intereses comunes con países de otras regiones en vías de desarrollo. Asimismo, resulta importante notar que las perspectivas de una mayor presencia europea no sólo conviene demandarla en términos cuantitativos-es decir, participando desde lejos en los mecanismos de privatización o intercambio de "naturaleza" por deuda, opciones desesperadas y poco prácticas puestas en marcha por varios de los gobiernos neoliberales del continente- sino que más bien se contribuya a una transición armónica en donde la democracia vaya aparejada con las posibilidades de obtener, como ahora lo viene proponiendo la CEPAL, una "transformación productiva con equidad".²⁹

Los compromisos inmediatos de la relación Europa-América Latina reproducen sin duda las exigencias de restaurar una

28. E.A. Cardoso, "Privatización Fever in Latin America", *Challenge*, Nueva York, vol. 34, núm. 5, septiembre-octubre de 1991, pp. 35-41. Véase también L. Paramio, "La crisis de unos actores. América Latina en los 90", *Nexos*, México, vol. 14, núm. 168, diciembre de 1991, pp. 29-36.

29. CEPAL, *op.cit.*, pp. 10-35.

plena estabilidad política, una profundización en las políticas de industrialización con compromisos ecológicos y un uso racional de los flujos disponibles de recursos para emprender dichas tareas, ya que, contra lo que se pudiera estimar, ciertamente se ha entrado en un nuevo periodo de acumulación mundial, aunque reconociendo que sus ritmos de crecimiento y redistribución serán ahora mucho menores que en los ciclos económicos anteriores.

En síntesis, América Latina debe estar seriamente advertida de que el capitalismo seguirá siendo poco generoso para proveer un acceso amplio al bienestar y salidas congruentes frente al éxodo rural, la marginalidad urbana o la creación de empleos plenamente remunerados. Por su parte, Europa debe estar alerta para no caer en el oscuro pozo de la tentación autoritaria en un afán de concentrar y protegerse del exterior. A diferencia del siglo pasado, Europa ya no puede seguir viéndose a sí misma como un continente de emigración, sino que deberá hacerlo en calidad de uno de inmigración e integración cultural. Significa dotar por vez primera de un sentido positivo al famoso mito de la "Torre de Babel", donde todos los hombres pudieran convivir dentro de espacios nacionales comunes y sin agresiones; donde su lenguaje sea el reconocerse en una condición humana polifacética.

De ahí que la participación europea en el actual orden internacional se siga exigiendo para resolver no sólo sus graves problemas de asentamientos, salarios y servicios, sino también para poder hallar respuestas más prontas en su línea de acción tradicional en favor de la cooperación y del desarrollo. Esos son, en un apretado perfil, algunas de las muchas reflexiones a las que nos seguirá llamando el indispensable diálogo entre Europa y América Latina en este momento por el que cruzan sus dilemas propios y mutuos.

30.1. Berlín, "Two Concepts of Nationalism. (An Interview with Natham GardeU)", *The New York Review of Books*, Nueva York, vol. 38, núm. 19, noviembre 21 de 1991, pp. 19-23.

LOS PROBLEMAS DE LA CONSOLIDACIÓN DE LA DEMOCRACIA

El objetivo de este capítulo es caracterizar el modelo de consolidación democrática que mejor ilustra los muchos problemas y desafíos para que las democracias latinoamericanas instauradas durante los años ochenta puedan afirmarse y dejar atrás la posibilidad inmediata de regresiones autoritarias.³¹

31. Entre los trabajos que se han ocupado de manera central de los procesos de consolidación democrática en América Latina destacan los siguientes: E. Baloyra (ed.), *Comparing New Democracies: Transition and Consolidation in Mediterranean Europe and the Southern Cone*, Boulder, Co., Westview Press, 1987; L. Diamond, J. Linz y S.M. Lipset (eds.), *Democracy in Developing Countries. Latin America*, vol. 4, Boulder, Co., Lynne Rienner Publishers, 1989; D. Ethier (ed.), *Democratic Transitions and Consolidations in Southern Europe, Latin America and Southeast Asia*, Londres, Macmillan, 1990; D. Nohlen, "Más democracia en América Latina? Democratización y consolidación de la democracia en una perspectiva comparada", *Síntesis*, Madrid, núm. 6, 1989, pp. 37-63; D. Nohlen y A. Solari (eds.), *Reforma política y consolidación democrática en Europa y América Latina*, Caracas, Nueva Sociedad, 1989; R.A. Pastor (ed.), *Democracy in the Americas. Stopping the Pendulum*, Nueva York, Holmes & Meier Publishers, 1989; S. Mainwaring, G. O'Donnell y S. Valenzuela (eds.), *Issues on Democratic Consolidation. The New South American Democracies in Comparative Perspective*, Notre Dame, University of Notre Dame Press, 1992; J. Higley y R. Gunther (eds.), *Élites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge

Como es sabido, las democracias latinoamericanas atraviesan en la actualidad por enormes dificultades para alcanzar su firme establecimiento y consolidación: conjunción de un aumento en las demandas sociales y de una aguda crisis económica; creciente deslegitimación del papel (sobre todo social) del Estado y de los procesos de reforma estatal; problemas internos de difícil solución, producto de la inserción desventajosa de la región en los nuevos bloques comerciales; ineficiencia e inefectividad de los gobiernos en una gran diversidad de políticas; persistencia de un potencial de coalicionabilidad de actores antirrégimen todavía considerable; presencia de conductas ambiguas o de comportamientos semileales de ciertos actores relevantes; amplias prerrogativas políticas conservadas por los sectores militares, etcétera. Lo anterior sugiere dos interrogantes fundamentales a las que aquí nos dedicaremos: ¿qué factores llevan a los distintos actores políticos y sociales a elegir democracias costosas? y ¿cómo puede conjugarse la consolidación democrática en situaciones de escasez y de costos elevados?

Nuestra investigación parte de la premisa de que los procesos de transición y consolidación de los regímenes democráticos en América Latina resultan de particular importancia para la construcción de teorías bien fundadas sobre la democratización de los regímenes políticos. Ello es consecuencia tanto de la variedad de experiencias de instalación democrática como del hecho inédito de su amplia difusión y persistencia en la región.

En efecto, en el lapso de unos cuantos años, países como Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Ecuador, Perú y Uruguay han visto el retorno de gobiernos civiles y elecciones libres, con frecuencia después de muchos años de cruentas dictaduras

Mass., Cambridge University Press, 1992; J.A. Moisés y J.A. Guilhon Albuquerque (eds.), *Dilemas da consolidagao da democracia*, Sao Paulo, Paz e Terra, 1989; Ch. Guy Gillespie, "Democratic Consolidation in the Southern Cone and Brazil: Beyond Political Disarticulation?", *Third World Quarterly*, vol. 11, núm. 2, abril de 1989, pp. 92-113.

militares. Incluso en Centroamérica, países como El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Panamá han iniciado, no sin dificultades, promisorios procesos de pacificación interna y de democratización gradual. Finalmente, regímenes cuasidemocráticos como México o regímenes largamente dictatoriales como Paraguay se han visto inmersos en profundas transformaciones en sus estructuras políticas.

La diversidad de estas experiencias nos obliga a ser cautelosos en el momento de establecer generalizaciones para la región en su conjunto. En ese sentido, nuestra caracterización de los procesos políticos referidos más que exhaustiva pretende ser indicativa. De este trabajo inicial quizá puedan derivarse tratamientos ulteriores más específicos que enriquezcan nuestras intuiciones globales sobre el presente latinoamericano.

LOS MODELOS DE CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA

Bajo la presión de la instalación de regímenes democráticos o cuasidemocráticos, durante los últimos 50 años, en muy diferentes países y áreas del mundo, desde Europa del Sur hasta América Latina o desde Asia Oriental hasta Europa del Este, ha aparecido un término relativamente nuevo en la teoría política: *consolidación democrática*.³² La problemática que su-

32. Entre los autores que se han ocupado de definir este concepto destacan: G. di Palma, "La consolidación democrática: una visión minimalista", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 42, abril-junio de 1988; J. Linz, "Transitions to democracy", *The Washington Quarterly*, verano, pp. 143-164; J. Linz y A. Stepan, "Political Crafting of Democratic Consolidation or Destruction: European and South American Comparisons", en R. A. Pastor (ed.), *Democracy in the...*, *op. cit.*, pp. 41-61; L. Moruno, "Consolidamento democrático: alcune ipotesi esplicative", *Rivista Italiana di Scienza Política*, vol.16, 1986, pp.439-459; L. Morlino, "Consolidamento democrático: definizione e modelli", *Rivista Ita-*

giere este concepto puede ser acotada en los siguientes términos: ¿una vez que son establecidas las nuevas instituciones democráticas después de un proceso de transición, cómo se puede mantener o afirmar el nuevo régimen? Y, más específicamente, ¿qué factores son necesarios para alcanzar un régimen democrático viable y persistente?, ¿es posible crear, al menos parcialmente, dichos factores? A fin de caminar hacia la construcción de algunos modelos explicativos de estos procesos, y en particular para América Latina, a continuación definiré algunas nociones básicas.

El término de consolidación democrática supone una noción de democracia. Para nuestros fines, adoptaremos aquí una definición procedimental de dicha forma de organización política. Así, un régimen democrático se entiende como un conjunto de reglas explícitas y prefijadas para la resolución pacífica de los conflictos. Los arreglos políticos son el resultado de compromisos, cuyo producto sustancial permanece relativamente incierto. Los principales autores de estos compromisos son estructuras políticas de intermediación vinculadas en un mayor o menor grado con los diversos grupos de interés. Los intermediarios políticos desempeñan un papel fundamental en el proceso de decisión y elaboración de políticas.³³ Cabe señalar que esta definición no cuestiona los entendidos formales de la democracia (sufragio universal y secreto, garantías para la participación y la competencia; elegibilidad a cargos públicos de cualquier ciudadano; pluripartidismo, etcétera), sino que

liana di Saenza Política, vol. 16, 1986, pp. 197-238; L. Morlino, *Democratic Consolidations in Southern Europe. Theoretical Guidelines for the Empirical Analysis*, Stanford University, marzo de 1990, documento inédito; L. Morlino, "Partidos políticos y consolidación democrática en el sur de Europa", en J. Benedicto y F. Reinares (eds.), *Las transformaciones de lo político*, Madrid, Alianza Universidad, 1992, pp. 35-75; S. Mainwaring, "Transitions to Democracy and Democratic Consolidation: Theoretical and Comparative Issues", en S. Mainwaring, G. O'Donnelly S. Valenzuela (eds.), *Issues in Democratic...*, *op. cit.*

33.P.C. Schmitter y T.L. Karl, "What Democracy is... and is not", *Journal of Democracy*, vol. 2, núm. 3, 1991, pp. 75-88.

simplemente trata de destacar algunos de los rasgos constitutivos de la democracia, cuyo seguimiento empírico en casos concretos nos permitirá determinar los límites prácticos o los déficit institucionales en democracias recientemente instaladas.

Si aceptamos la definición de democracia previamente señalada, es más fácil concentrarnos ahora en el fenómeno de la consolidación democrática. Con este término entendemos el proceso de firme establecimiento y adaptación de las estructuras democráticas, normas y relaciones entre el régimen y la sociedad civil, que permiten que el régimen democrático gane autonomía y legitimidad. En otras palabras, este proceso implica el reforzamiento del régimen democrático para impedir posibles crisis futuras.'

Al definir la consolidación democrática como un proceso, podemos analizarla diacrónicamente y entender mejor la dinámica del régimen democrático y las interrelaciones entre los actores involucrados. Esto nos permite entender también por qué los actores que se acomodan en el régimen pueden beneficiarse mayormente del nuevo ordenamiento institucional y proteger mejor sus propios intereses o estar en una mejor posición para hacer prevalecer sus elecciones. Finalmente, tal concepción también nos permite considerar la consolidación como un *resultado*; es decir, en qué medida el régimen democrático está consolidado, ha persistido y qué tan estables o fuertes son la autonomía y la legitimidad alcanzadas.

Cabe señalar, por último, que el núcleo del proceso de consolidación tiene lugar durante los primeros años después de la instalación democrática. Por lo tanto, si no surge una crisis, la consolidación avanza y se empalma con la persistencia y el mantenimiento del régimen sólo después de los primeros años.

Ahora bien, por lo que respecta a las distintas modalidades que la consolidación democrática puede adoptar, sugerimos considerar los siguientes parámetros:

34. La definición proviene de: L. Morlino, "Consolidamento democrático: definizione..." *op. cit.*, pp. 197-199.

1. Dependiendo del grado en que se ven involucrados los distintos componentes de un régimen democrático en el proceso de firme establecimiento y adaptación, la consolidación puede ser *sectorial o total*. Es sectorial o parcial cuando sólo alguno o algunos de los componentes del régimen democrático han logrado autonomía y legitimidad, mientras que es total cuando todos esos componentes sí se han desarrollado plenamente. Los principales componentes de cualquier régimen democrático son: a. las estructuras y procedimientos democráticos (y las relaciones entre ellas de acuerdo con el sistema legal implantado); b. las estructuras de intermediación como los partidos y el sistema de partidos y otras organizaciones de interés; y c. las relaciones entre el régimen, estructuras de intermediación y sociedad.

2. Dependiendo del grado de legitimidad que muestran los distintos componentes del nuevo ordenamiento institucional, la consolidación democrática puede ser *débil o fuerte*. La legitimidad se entiende aquí como el conjunto de actitudes positivas de apoyo a las instituciones democráticas, las cuales van desde su virtual aceptación hasta manifestaciones y/o acciones específicas de apoyo. En ese sentido, determinar el grado de legitimidad implica observar aspectos tales como: medidas de orden civil; presencia o no de partidos, movimientos o grupos antirrégimen; persistencia de obligaciones hacia el régimen autoritario previo; neutralidad o no del ejército; capacidad coalicional de los partidos (es decir, participación en coaliciones de gobierno); presencia o no de diferentes grupos sociales en cuerpos gubernamentales o cuasi-gubernamentales. De estos aspectos, los que son primordiales para la consolidación de cualquier régimen democrático son la plena subordinación del ejército al orden civil y la participación activa de los diferentes grupos.

3. Dependiendo del grado de autonomía que muestran las distintas estructuras de intermediación, la consolidación democrática puede ser *inclusiva o exclusiva*. El grado de autono-

mía se refiere a la manera como los partidos y los grupos adquieren, al igual que las instituciones del régimen, sus propios intereses y activan un fuerte mecanismo de autorreforzamiento y reproducción. A nivel de partidos, la autonomización se mide por: la volatilidad electoral (identificaciones partidistas según las votaciones, la membrecía y la afiliación al partido); la estabilización del liderazgo del partido; la disciplina de voto de los partidos en el parlamento durante el proceso de decisión y de elaboración de políticas. Pero además de estos indicadores debe considerarse un aspecto crucial en todo proceso de consolidación: las relaciones entre los partidos y los grupos de interés. Para alcanzar autonomía, las relaciones entre partidos y grupos de interés tienen que ser caracterizadas por un *rol de protección*, desempeñado por el sistema de partidos hacia los grupos. Si existe tal rol de protección, la autonomía definitivamente se ha alcanzado. Este rol es entonces el que desempeñan los partidos preocupados en controlar el acceso de los grupos de interés a las arenas decisionales, de tal manera que estos últimos no tienen acceso. Para los grupos de interés no existe otra manera de proteger sus intereses si no es a través de la intermediación del partido. En estas circunstancias, los partidos desempeñan un papel preponderante sobre los grupos en la toma de decisiones, por lo que la consolidación es inclusiva. En caso contrario, es decir, cuando los grupos tienen una fuerte incidencia en los partidos y un acceso directo en cuestiones de políticas, la consolidación es, por lo que se refiere a los partidos, exclusiva.

4. Dependiendo de las posiciones ideológicas y la actividad de la oposición así como del tipo de relación que se establece entre la oposición y el gobierno y entre los actores políticos y sociales, la consolidación democrática puede *aerconflictiva o negociada*. En el primer caso, las decisiones políticas son tomadas por el gobierno sin el apoyo de la oposición, existe una fuerte polari-

35. Esta clasificación proviene de: L. Moruno, "Democratic Consolidation..." *op. cit.*, pp. 12-14.

zación ideológica entre el gobierno y la oposición y, por último, los conflictos entre los actores políticos y sociales (sindicatos-empresarios-partidos de gobierno-partidos de oposición) son intensos y en el límite del no encapsulamiento institucional. Por lo general, este tipo de situaciones se corresponde con la "consolidación exclusiva" referida en el punto anterior. El ejemplo más característico de consolidaciones conflictivas es el caso italiano de la posguerra, marcado por los permanentes conflictos entre el partido de gobierno-el Partido Demócrata Cristiano-y el principal partido de la oposición -el Partido Comunista Italiano. Por su parte, la consolidación es negociada cuando las decisiones políticas son tomadas por el gobierno con participación activa de la oposición; más que una polarización ideológica existe una política de consenso y las actitudes de la oposición y demás actores políticos y sociales se dirigen hacia la colaboración y el acuerdo. Estas situaciones se corresponden entonces con las "consolidaciones inclusivas" y su mejor ejemplo está dado por la España posfranquista.³⁶

De acuerdo con las dimensiones anteriores es posible establecer algunas combinaciones y sugerir algunos tipos de consolidación democrática. En primer lugar, se puede afirmar que el grado de consolidación de un régimen democrático es *alto* cuando dicho proceso ha sido preferentemente total más que parcial, fuerte en lugar de débil, inclusivo más que exclusivo, negociado más que conflictivo. Lo contrario vale para las consolidaciones de *baja intensidad*. En situaciones límite puede hablarse incluso de ausencia de consolidación o de simple persistencia o mantenimiento del régimen democrático. Ahora bien, utilizando exclusivamente las dimensiones referidas a la legitimidad y a la autonomía, es posible determinar cuatro combinaciones posibles. Cuando la legitimidad y la autonomía son altas, estamos en presencia de un régimen democrático fuertemente consolidado. Pero la consolidación puede alcan-

36. Esta clasificación proviene de: J.J. Russo, *Opposizione e consolidamento democrático. I casi di Argentina, Italia e Spagna*, tesis de doctorado, Universidad de Florencia, 1992.

zarse medianamente en situaciones donde un alto grado de autonomía de las estructuras de intermediación no es paralela a un alto grado de legitimidad o viceversa. Finalmente, la consolidación es débil cuando los niveles de legitimidad y autonomía son bajos. En estos casos, el mantenimiento del régimen ocurre sobre todo porque prevalecen fuertes actitudes negativas hacia el pasado autoritario y una virtual neutralidad del ejército.

Con estos elementos intentaremos a continuación caracterizar los procesos de consolidación democrática experimentados en América Latina. Pero antes de ello, conviene detenernos en el tipo de transiciones democráticas ocurridas en la región, pues ello nos permitirá entender mejor las características de los actores presentes en las distintas arenas sociales y políticas, así como las dificultades que los nuevos ordenamientos institucionales enfrentan para afirmarse en el tiempo.

LOS TIEMPOS LARGOS DE LA TRANSICIÓN EN AMÉRICA LATINA

Existe consenso en que la transición democrática en América Latina ha sido en realidad una doble transición: una transición hacia instituciones políticas democráticas y una transición de una forma de Estado hacia otra. Visto en una perspectiva de larga duración éste es el gran dilema político de América Latina: ¿cómo dar lugar, después de la crisis del modelo intervencionista del Estado, a una nueva matriz estatal, donde se redefinan los ámbitos de lo público y lo privado?³⁷

37. Véase por ejemplo: M. Cavarozzi, "Más allá de las transiciones. Reflexiones sobre el largo plazo en la política latinoamericana", Boston, MIT, 1990, mimeo; M.A. Garretón, "La democracia entre dos épocas: América Latina en 1990", *Foro Internacional*, México, vol. 32, núm. 1, julio-septiembre de 1991, pp. 47-64; L. Paramio, "América Latina en los noventa. La crisis de unos actores", *Nexos*, México, núm. 168, diciem-

El tema de la consolidación democrática en América Latina está estrechamente ligado a este último aspecto, pues las democracias de la región están insertas en un profundo proceso de reforma del Estado. Para nadie es un secreto que en el centro de esta transformación está el imperativo de caminar hacia formas estatales de corte neoliberal, pero son igualmente conocidos los altos costos sociales que la materialización de este proyecto implica para nuestros países. En economías dependientes, los límites del neoliberalismo son más evidentes que en economías desarrolladas.

38

Pero ¿cómo y por qué entra en crisis el modelo intervencionista del Estado? Ilustraremos el fenómeno con cinco países cuya modalidad de inserción en la economía mundial en la posguerra los asemeja entre sí, pero también los distingue del resto de los países de la región: México, Brasil, Argentina, Chile y Uruguay.

Después de la crisis mundial de los años treinta y en el contexto de la segunda guerra, estos países adoptaron el modelo de "sustitución de importaciones" o de "crecimiento hacia adentro" lo que les permitió una industrialización sostenida. Este programa, sin embargo, tuvo claras implicaciones devaluatorias y políticas, así como tentativas muy diversas de solución. Mientras que en México la devaluación perjudicó mayormente a los sectores populares, el Estado hegemónico afirmó su capacidad de control sobre ellos. En Argentina y Brasil, por su parte, la devaluación fue paralela a una creciente presión social, generándose un ciclo inflacionario y de inestabilidad política. Por último, en las economías más débiles y mayormente vinculadas al exterior, el problema no se presentó con la misma magnitud.

Los regímenes nacional-populares de los años cuarenta fueron en buena medida la opción política que algunos de estos

bre de 1991, pp. 29-36; P. Salama y J. Valier, "Le retrait de l'Etat en Amérique Latine", *Cahiers des Ameriques Latines* núm. 12, 1991, pp. 25-44.

38. Véase el capítulo cuarto.

países adoptaron para continuar con el desarrollismo y no retroceder a los años treinta. El rasgo común de estas formas institucionales era su tentativa por incorporar los sectores populares a la política mediante mecanismos no democráticos o semidemocráticos. A ello debe sumarse la centralidad del Estado y la conservación de un sistema de partidos débil. Posteriormente, la década de los cincuenta marcó la crisis de estos modelos estatales a lo que siguieron, de nueva cuenta, distintos desenlaces: el colapso institucional con soluciones de fuerza en Brasil y Argentina; el reequilibramiento institucional no sin dificultades en Chile y Uruguay y la absorción de la crisis en México, gracias a la capacidad de sus estructuras de autoridad para vencer las resistencias políticas y encapsular a los sectores populares.

Era de esperarse entonces que el gran debate en América Latina durante los años sesenta girara en torno a cómo conjugar desarrollo más democracia. El contexto fue propicio para que se pusieran en práctica en la región una serie de estrategias dirigidas a ese propósito: la "Alianza para el progreso", la internacionalización de los mercados internos, etcétera. Implícitamente, estas estrategias estaban marcadas por los principios de política exterior de Estados Unidos, con una visión muy lineal del progreso y del desarrollo. La CEPAL fue en esos años el portavoz y principal impulsor en la región de tal concepción del desarrollo.

Para los países en cuestión, el desarrollismo de los sesenta tuvo efectos concretos. En México y Brasil existió un desarrollo intenso, mientras que en Argentina fue intermedio y en Uruguay y Chile, débil. Pero el desarrollo, en los hechos, distó de ser equitativo y se concentró básicamente en la economía urbana e industrial, por sobre los sectores tradicionales. Como consecuencia de ello se fortalecieron las clases medias y la nueva clase obrera. El gran problema del desarrollismo fue entonces cómo mantener estructuras políticas estables y una economía dinámica, cuando sólo un sector era dinámico y los demás se estancaban o marginaban. En consecuencia, el desarrollo produce desigualdad y el Estado no dispone de los medios

para resolver estas diferencias económicas. Ante este enorme desafío se optó por soluciones de fuerza o semi-autoritarias. En México, por ejemplo, se fortaleció el control corporativo, mientras que en Brasil y Argentina ocurrieron sendos golpes militares en 1964 y 1966, respectivamente, como salidas de orden y control a la inestabilidad.

Estos son los años en que cubra fuerza la teoría de la dependencia, como solución socialista y revolucionaria, aunque su repercusión práctica fue reducida y no rebasó las fronteras del debate académico y de ciertas corrientes políticas claramente identificadas.

Ante el dilema del autoritarismo-subdesarrollo o revolución, México parecía contradecir las posiciones extremas. Por una parte, existía un desarrollo estabilizador sostenido, aunque con inflación, en el marco de un régimen civil formalmente democrático aunque no competitivo y sin autonomía de los grupos. Para el Cono Sur, por su parte, se acuñó la expresión *regímenes burocrático-autoritarios* para caracterizar los nuevos ordenamientos institucionales de Brasil y Argentina.* Se trataba de regímenes con estructuras políticas altamente burocratizadas; con exclusión política de los sectores cruciales y legitimados por la necesidad de estabilidad y orden y por el anticomunismo. En los hechos, estos Estados militares de excepción defendieron el modelo desarrollista y, en el caso de Brasil, se lograron buenos resultados económicos redundando en su legitimidad.

Los problemas se presentaron cuando, a fines de los setenta y principios de los ochenta, dicho modelo económico entró en crisis: crecimiento con dificultades, ciclo inflación-devaluación, endeudamiento creciente, etcétera. Es entonces cuando cobran fuerza los diagnósticos y soluciones neoliberales o monetaristas: reducción drástica del servicio social, desregulación del mercado, apertura de la economía, adelgazamiento del Estado,

39.G. O'Donnell, *Modernization and Bureaucracy: Authoritarianism. Studies in South American Politics*, Berkeley, Instituto of International Studies-University of California 1973.

etcétera. Correspondió a Chile ser el laboratorio de experimentación de un nuevo modelo de desarrollo en esta dirección, gracias a la ayuda que la dictadura de Pinochet recibió, en su momento, de Estados Unidos

Precisamente en este contexto se presenta el colapso de los regímenes autoritarios en América Latina. Entre las explicaciones inmediatas o relativas a los actores destacan: la permanente fractura en las coaliciones dominantes, la creciente deslegitimación y aislamiento de las dictaduras militares, la ineficiencia de los gobiernos militares en materia económica, la activación social de importantes sectores de la población, el surgimiento de nuevas demandas sociales por parte de nuevos actores y el propio desarrollo del incremento de presiones internacionales, etcétera.⁴⁰ Entre las explicaciones de largo plazo destaca el agotamiento del modelo intervencionista del Estado en toda la región. En los hechos, el Estado intervencionista operaba más por mecanismos reactivos que preestablecidos, funcionaba más en contextos de participación controlada o tutela de la sociedad que en situaciones de incremento de demandas y de conflicto y proyectaba una imagen de economía cerrada. Todo ello repercutió a la larga en la inestabilidad política y en la fragilidad de las coaliciones dominantes.

La crisis del Estado intervencionista en América Latina coincide con los procesos de transición de los años ochenta. En ese sentido, los procesos de consolidación de las jóvenes demo-

40. Entre los trabajos comparativos más importantes sobre las transiciones en América Latina destacan los siguientes: E. Baloyra, E. Cattenberg *et al.*, *Lecciones para demócratas en transición*, Buenos Aires, K\ Belgrano, 1987; D. Nohlen, "El cambio de régimen político en América Latina. En tomo a la democratización de los regímenes autoritarios" *Estudios internacionales*, núm. 68, 1984, pp. 48-75; G. O'Donnell, Ph. Schmitter y L. Whitehead (eds.), *Transition from Authoritarian Rule: Latin America*, Baltimore, The John Hopkins University Press, 1986; A. Koussé, B. Lamounier y J. Soharzer (eds.), *Como renascen las democracias*, Sao Paulo, IUPERJ/Editora Brasiliense, 1985; J. Santamaría, ed. I, *Transición a la democracia en el sur de Europa y América Latina*, Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1982

cracias latinoamericanas se empalma con dos procesos que se condicionan reciprocamente: la liberalización del mercado y el adelgazamiento del Estado social según los principios del programa neoliberal. Es claro entonces que el estudio de los procesos de consolidación democrática en América Latina no puede hacerse sin considerar el contexto general de reforma del Estado que experimenta la región. Los límites que en los hechos se desprenden de este nuevo modelo nos permiten en buena medida aproximarnos a las interrogantes planteadas al inicio; saber, ¿qué factores conducen a los distintos actores políticos y sociales a elegir democracias costosas? y ¿cómo puede conjugarse la consolidación democrática en situaciones de escasez y de costos elevados?

LOS PROBLEMAS DE LA CONSOLIDACIÓN DEMOCRÁTICA EN AMÉRICA LATINA

Por consiguiente, a medida que vamos avanzando en el proceso de consolidación democrática hemos asumido aquí el proceso de congelamiento en sus caracteres esenciales y de adaptación en los secundarios de las estructuras y normas del régimen democrático. Dijimos también que es un proceso de ampliación progresiva de la legitimidad de las estructuras del régimen y de autonomía de las estructuras de intermediación. De esta manera las estructuras de autoridad y los procedimientos democráticos se estabilizan y afirman hasta constituir rutinas. Con ello aumenta la identidad básica del nuevo régimen y se incrementan sus posibilidades de no modificarse en lo sustancial; es decir, crece su potencial de persistencia. De acuerdo con esta definición se intentará demostrar aquí que los procesos de consolidación en América Latina distan aun de haberse afirmado en sus estructuras y procedimientos y que, en la mayoría de los casos, tanto las instituciones como las estructuras de intermediación aun buscan afirmar una identi-

dad socialmente reconocida. En el centro de estas dificultades colocamos precisamente las transformaciones estructurales que provienen de la necesidad de afirmar una nueva matriz de intervención estatal en la región.

Ahora bien, considerando las distintas modalidades de consolidación democrática apuntadas en el segundo inciso, mostraremos cómo en la mayoría de los casos predominan procesos de consolidación parciales, débiles, exclusivos y conflictivos; es decir, procesos con un bajo grado de consolidación. Ello ubica a esta parte del mundo en una fase más que de consolidación, de persistencia o simple mantenimiento de sus ordenamientos democráticos, existiendo aún serios riesgos de regresiones autoritarias. Cabe señalar desde ahora que ninguna generalización en este punto es válida, pues algunos países muestran un potencial de persistencia mayor que otros. Con todo, aquí tan sólo se advertirán algunas constantes y, en su caso, se ejemplificarán en contextos particulares.

Por las características tanto formales como reales de las democracias latinoamericanas y de los distintos actores con capacidad de incidir en la toma de decisiones, los indicadores que resultan particularmente interesantes para caracterizar los procesos de consolidación democrática en América Latina son: el grado de estabilidad gubernamental alcanzado, la neutralidad militar en los asuntos públicos, el crecimiento de la membrecía de las organizaciones de intermediación, la fijación de la identidad partidista y del número de partidos y otras organizaciones, la afirmación de canales y modalidades de presión.

Ejemplificando con los casos analizados hasta ahora, salvo el de México por cuanto aún se encuentra en una fase de transición que no ha desembocado en la instauración de un régimen plenamente democrático,⁴¹ Argentina, Brasil, Chile y Uruguay atraviesan por procesos de consolidación democrática

41. Al respecto véase: C. Cansino, "La transición política en México. Dinámica y perspectivas", *Estudios Políticos*, México, núm. 8, 1991, pp. 7-47.

parciales y débiles. Todos estos países han tenido que enfrentar en mayor o menor medida el problema de la destitución autoritaria y, más concretamente, la cuestión del juicio a los militares por los crímenes cometidos durante sus gobiernos. Las soluciones adoptadas han sido más bien tibias e intermedias, con lo cual se ha logrado cierta colaboración y neutralización de los ejércitos nacionales, pero en detrimento de la legitimidad básica del régimen. Ello resulta particularmente ilustrativo con los muchos problemas que enfrentó Alfonsín en Argentina ante los reclamos sociales por un juicio enérgico hacia los militares, o por la presencia aún significativa de Pinochet en Chile como jefe de las fuerzas armadas.⁴²

En otros casos, la consolidación de algunas estructuras y procedimientos democráticos no ha correspondido a una legitimación sustancial de las estructuras de intermediación. Así, por ejemplo, los partidos políticos en Brasil muestran una volatibilidad muy elevada, al grado de que un partido formado exclusivamente para las elecciones presidenciales de 1989 triunfó y llevó a la presidencia a Collor de Mello. Con algunos matices, algo similar puede decirse del partido que llevó a Fujimori a la presidencia de Perú. Se trata, en todo caso, de partidos sin arraigo social y sin trayectoria. Es claro que en estos países, sus respectivos presidentes se enfrentaron a serios problemas para gobernar, pues no contaban con el apoyo organizado necesario para forzar mayorías legislativas y movilizar el respaldo popular en favor de sus acciones. Por extensión, estos ejemplos estarían indicando un sensible deterioro de la legitimidad de los partidos históricos en América Latina, aunado a su incapa-

42. En países como Guatemala y El Salvador los militares aún determinan la extensión de la autoridad civil e influyen en la mayoría de los aspectos de la política gubernamental. En países como Bolivia, Ecuador, Honduras, Nicaragua y Perú las fuerzas armadas retienen tanta autonomía institucional que en el mejor de los casos permanecen "condicionalmente subordinados" a los funcionarios civiles. Véase al respecto: P. Hakim y A.F. Lowenthal, "Latin America's Fragile Democracies", *Journal of Democracy*, vol. 2, núm. 3, 1991, pp.

cidad de constituirse en verdaderos intermediarios de los distintos intereses sociales.

Pero la parcialidad de los procesos de consolidación democrática queda mejor ilustrada por la persistencia en la mayoría de los países de prácticas políticas fuertemente impugnadas por la sociedad, desde actos de corrupción hasta prácticas electorales fraudulentas. Ello ha determinado la coexistencia de estructuras de autoridad que gozan de alguna legitimidad sustancial con otras carentes de toda legitimidad. Tal es el caso de la institución presidencial y del parlamento en Brasil según quedó evidenciado con la destitución de Collor o, de nuevo, del parlamento peruano, cuya suspensión a cargo del presidente Fujimori fue apoyada por amplios sectores de la población, no obstante las implicaciones regresivas y autoritarias de la medida.

Un punto particularmente interesante para examinar los procesos de consolidación democrática en América Latina es el grado de autonomía relativa alcanzado por los partidos políticos en relación con los grupos de interés. Una revisión general a este respecto lleva a la conclusión de que prácticamente en todos los países de la región están ausentes los indicadores de autonomización de los grupos de intermediación. Ello tiene una explicación tanto en el papel que los nuevos ordenamientos institucionales confieren en la práctica a los partidos políticos, como en debilidades estructurales de las propias organizaciones.

La forma de gobierno presidencialista, presente en todos los países de la región, confiere de entrada un papel secundario a los partidos políticos en el ámbito de la toma de decisiones en cuestión de políticas públicas. En efecto, en contraste con los sistemas parlamentarios básicamente europeos, en los sistemas políticos latinoamericanos el principal actor a nivel decisonal es el ejecutivo y, más específicamente, el Presidente de la República, quien es votado en elecciones directas. En ese sentido, el papel desempeñado por los partidos políticos, así como por otros actores, tales como el Parlamento o los sindicatos, es de subordinación en la toma de decisiones. Más especí-

Acámente, los sistemas presidencialistas latinoamericanos se caracterizan por: alto porcentaje de liderazgos carismáticos o de personalización política; formas de clientelismo que operan como un sistema de *trade-off* destinado a mantener equilibrios precarios entre las distintas líneas internas del partido gobernante y a neutralizarlas, al mismo tiempo que funciona para compensar la dependencia del partido al gobierno; el presidente puede llegar a ocupar una alta jerarquía no sólo en el gobierno, sino también en el partido que lo sostiene, con lo que puede llegar a monopolizar la iniciativa política; el Congreso, por lo general, está subordinado al ejecutivo, donde los partidos en el poder se caracterizan por su disciplina hacia el titular del gobierno.

Estas características dominantes de los sistemas políticos en América Latina condicionan igualmente algunos de los rasgos distintivos de los partidos y sistemas de partido existentes en la región. Así, por ejemplo, los partidos políticos se conciben sobre todo como maquinarias que movilizan lealtades y sentimientos para la confrontación electoral, antes que como verdaderos instrumentos de gobierno. Por otra parte, con excepción de pocos casos, tienden a ser fuertemente clientelistas, en contraste con los partidos de masas de Europa Occidental. Más específicamente, se caracterizan por: ideologías difusas, ausencia de programas coherentes, debilidad organizativa, tradición de subordinación a los objetivos y ambiciones del líder. Los sistemas de partido, por su parte, muestran profundas diferencias de un caso a otro. Resulta interesante observar a este respecto que ahí donde han prevalecido por más tiempo regímenes de tipo democrático, como en Costa Rica y Venezue-

43. Algo similar puede decirse del poder judicial, cuya autonomía, estatuto, recursos y competencias son más bien reducidas o ambiguas. En muchos países de la región, las decisiones judiciales están fuertemente influidas por consideraciones políticas, intimidación o corrupción extralegal. Al respecto véase: D.A. Chalmers, M. do C. Campello de Souza y A.A. Borón (eds.), *The Right and Democracy in Latin America* Nueva York, Praeger, 1992 (especialmente introducción y capítulo 5).

la, el sistema de partidos ha sido relativamente similar al sistema de partidos estadounidense, es decir, bipartidista y no polarizado. En países como Argentina y Brasil, por su parte, el bipartidismo y el multipartidismo, respectivamente, han sido fuertemente polarizados e inestables.¹⁴

Dada la predominancia de los ejecutivos nacionales sobre los partidos en la política latinoamericana, según revelan las características anteriores, resulta interesante observar el papel que cumplen los partidos en los procesos de toma de decisiones y elaboración de políticas. De acuerdo con un estudio al respecto, sobresalen los siguientes patrones de comportamiento:⁴⁵

1. La fase de identificación de problemas casi siempre es dominada y manipulada por el gobierno. Los individuos y grupos o los partidos pueden ser tomados en cuenta, pero por lo general son los mismos funcionarios del gobierno quienes identifican la mayor cantidad de problemas. Muchas iniciativas políticas provienen no de los grupos de intermediación, sino de los funcionarios -especialmente tecnócratas- en orden a resolver problemas particulares o mantener bajo control potenciales disfunciones.

2. En la fase de formulación de políticas, prácticamente toda esta actividad ocurre en algún lugar dentro del ejecutivo, mientras que el legislativo no desempeña un papel significativo. En esta fase, los partidos en el poder pueden tener una influencia

44. Mayores elementos sobre los partidos políticos en América Latina pueden encontrarse en: R.H. McDonald y J.M. Ruhl, *Party Politics and Elections in Latin America*, Boulder-Londres, Westview Press, 1989; L. Morlino y A. Spreafico (eds.), *Democrazia e partiti in America Latina*, Milano, Franco Angeli, 1991; B. Lamouniery R. Meneghello, *Partidos políticos e consolidacao democrática. O caso brasileiro*, Sao Paulo, Editora Brasiliense, 1986; M. Cavarozzi y M.A. Garretón (coords.), *Muerte y resurrección. Los partidos políticos en el autoritarismo y las transiciones del Cono Sur*, Santiago, FLACSO, 1989.

45. C. Cansino, *El gobierno de partido en América Latina*, México, CIOE, Documento de trabajo, Estudios Políticos 8, 1993.

relativamente mayor en tanto se espera que las políticas seleccionadas no perjudiquen sensiblemente los mercados políticos de incidencia del partido.

3. En la fase de adopción e implementación de políticas, en la mayoría de los casos hay un alto grado de centralización. En ese sentido, muchas de las respuestas tienen que ver con las preferencias personales de los altos líderes del gobierno.

De acuerdo con estas características, los partidos en América Latina, con distinta magnitud e intensidad, no dominan el proceso de elaboración de políticas. Asimismo, no representan a todos los grupos con poder en la sociedad y con frecuencia sus recursos para influir en las decisiones del gobierno son limitados. En algunos países, las elecciones pueden incrementar el papel de los partidos en el proceso de elaboración de políticas, por cuanto pueden colocar políticos del partido en la presidencia, el legislativo y buena parte de la burocracia. Sin embargo, sólo unos cuantos partidos en América Latina han desarrollado programas coherentes y las formas institucionales necesarias para cumplir un papel decisivo en la elaboración y decisión de políticas. En muchos casos, los partidos en el poder se concretan a exaltar las habilidades del jefe del ejecutivo para instrumentar sus políticas.

Cabe señalar por último que los patrones de reclutamiento y participación política de los partidos de gobierno en América Latina se han estancado desde hace mucho tiempo, cuestión que por lo demás no se presenta a nivel de la tecnocracia. En efecto, mientras que la permanencia dentro de los cargos político-partidarios muestra una gran fragilidad, ya que éstos se consideran como puestos transitorios, en vista de que se espera la nominación hacia algún cargo de elección popular o el reclutamiento dentro de la administración pública, la carrera administrativa es relativamente más estable y permite tender redes mucho más amplias que pueden ser aprovechadas en momentos difíciles. La falta de estatutos partidistas o reglas de comportamiento político que contengan previsiones programáticas

a ser cumplidas y con repercusiones en caso de fallas o corrupción, hace que la actividad partidista sea un "complemento" curricular en el que no debe permanecerse más tiempo del debido, para no perder así la opción de entrar en los "grandes negocios" y en la toma efectiva de decisiones.

En consecuencia, los partidos de gobierno en América Latina sólo aciertan a cubrir procesos que pueden definirse como "funciones de protección" -una suerte de retaguardia- de los intereses del poder ejecutivo en los planos parlamentario y micro-político regional, supervisando que la dinámica de control y gestión administrativa se cumplan.

Pero las dificultades que tienen los partidos políticos en América Latina para afirmarse y reforzar su capacidad para hacer prevalecer sus propios intereses en la toma efectiva de las decisiones no sólo derivan de los factores institucionales relativos a tales sistemas políticos, sino también de problemas internos a las propias organizaciones partidistas, muchas de las cuales no han podido mantener vínculos estables y permanentes con sus clientelas políticas y demás actores relevantes.⁴⁶

De acuerdo con lo anterior, no puede decirse que las democracias latinoamericanas experimenten procesos de consolidación inclusiva o exclusiva, pues el papel que cumplen los partidos es aquí, por principio, secundario en el ámbito de la toma de decisiones. En todo caso, ello redundaría negativamente en la afirmación de una identidad del régimen y, en consecuencia, en la consolidación de los nuevos ordenamientos institucio-

46. De acuerdo con un interesante estudio comparativo sobre la institucionalización de los partidos políticos en América Latina, son muy pocos los países donde los partidos políticos han logrado una institucionalización fuerte. De acuerdo con este estudio, los pocos países que entre 1960 y 1989 mostraron algún incremento en el grado de institucionalización de los partidos son Argentina, El Salvador, Guatemala y Perú. Por su parte, los países con menor institucionalización son: Bolivia, Brasil, República Dominicana, Ecuador, Honduras, México, Chile y Uruguay. R.H. Dix, "Democratization and the Institutionalization of Latin American Political Parties", *Comparative Political Studies*, vol. 24, núm. 4, 1992, pp. 488-511.

nales. En efecto, la presencia de los partidos es más bien espasmódica, con vínculos sociales frágiles y variables. La manifestación más clara de este fenómeno es la profunda crisis de representación que experimentan la mayoría de los partidos en el subcontinente, donde predomina, salvo pocas excepciones, un abstencionismo creciente.

A ello debe sumarse la participación más bien débil de las ciudadanía locales en la vida política. Si bien la caída de los autoritarismos propició el surgimiento y el crecimiento de múltiples organizaciones, en la mayoría de nuestros países no existe todavía un arraigo vigoroso de instituciones no gubernamentales a través de las cuales puedan ser expresadas las demandas sociales. En muchos casos, sindicatos, grupos de negocios, organizaciones profesionales y asociaciones cívicas permanecen fragmentadas y son aún débiles para desempeñar papeles políticos efectivos.

Finalmente, por lo que respecta al carácter conflictivo o negociado de los procesos de consolidación democrática en la región, son más las diferencias que las semejanzas de un país a otro. Mientras que Argentina representa un caso típico de consolidación conflictiva, sobre todo considerando los muchos enfrentamientos entre Alfonsín y el Partido Justicialista (y las centrales sindicales cercanas al peronismo), en países como Chile y Uruguay la oposición ha asumido actitudes más colaboracionistas con el gobierno. En Brasil, por su parte, la intervención de la oposición no ha sido homogénea, aunque debe subrayarse su acercamiento decisivo para impulsar la destitución de Collor de Mello por motivos de corrupción. En algunos casos, los partidos de oposición se han opuesto no sólo a los gobiernos sino también al régimen e incluso al propio Estado. La persistencia de estas posiciones estaría indicando una debilidad estructural de las democracias latinoamericanas. Cabe señalar aquí que el carácter conflictivo o no de un proceso de consolidación no necesariamente determina su éxito o fracaso. Su incidencia tiene que ver más bien con cuestiones como el mayor o menor tiempo que se requiere para culminar el proceso.

Pero el carácter conflictivo de la consolidación democrática debe considerar también el tipo de acuerdos y las relaciones existentes entre los distintos actores presentes en cada contexto nacional. Ya vimos que las relaciones entre los militares y los civiles han sido más bien hostiles en países como Argentina y Uruguay, no obstante que se logro su neutralización institucional. Por su parte, en países como Chile y Brasil los militares retuvieron después de la transición un alto grado de influencia política y de vigilancia gubernamental. Es decir, su "colaboración" con los gobiernos civiles ha sido posible a costa de mantener importantes prerrogativas a su favor.

En lo que respecta a las relaciones entre los empresarios, sindicatos, partidos y gobiernos, puede afirmarse que las diversas tentativas de concertación impulsadas en todos estos países tuvieron poco éxito. Más aún, las prolongadas discusiones entre líderes sindicales, empresarios y políticos fueron a menudo tensas. Las muchas dificultades para conciliar intereses se explica entre otras cosas por la relativa debilidad de las organizaciones y por el hecho de que los partidos gobernantes, como el Partido Radical en Argentina, el Partido Colorado en Uruguay y el PMDB en Brasil, no tenían vínculos organizacionales con el movimiento obrero. En todos estos países, el conflicto y la no colaboración se hicieron evidentes con las numerosas huelgas promovidas, así como con los fallidos intentos gubernamentales para contener la creciente inflación. En lo que respecta a los empresarios, su actitud hacia el gobierno ha sido más bien cautelosa, y en algunos países permanece latente la posibilidad de que promuevan alianzas con los sectores más conservadores, incluidos los militares, en caso de que sus respectivos gobiernos no puedan contener la creciente movilización social.

De acuerdo con lo expuesto hasta esta parte, América Latina experimenta procesos de consolidación sumamente complicados y difíciles. Se trata de procesos más bien lentos e intermitentes donde prevalecen aún serias amenazas a su persistencia. El ejemplo de Perú es en ese sentido más que elocuente.

CONCLUSIONES TENTATIVAS SOBRE CONSOLIDACIONES INCIERTAS

Dos conclusiones surgen hasta aquí. En primer lugar, la consolidación democrática supone no sólo el reforzamiento de la sociedad civil para poder resistir las tentaciones autoritarias, sino también una recomposición efectiva de la autonomía de la comunidad política respecto del Estado. En segundo lugar, la consolidación democrática requiere la existencia de vínculos estables entre partidos y grupos de interés, amén de los canales apropiados para encauzar políticamente sus demandas e intereses. Sólo en presencia de estos requisitos puede afirmarse una arena política basada en la representación. Como hemos visto aquí, América Latina muestra graves déficit en ambos aspectos. Ello coloca a sus actuales procesos de consolidación democrática en lo que bien podemos llamar "consolidaciones difíciles".

Pero la dificultad de los procesos de consolidación democrática en la región proviene no sólo de los problemas relativos a su reciente instalación institucional, sino también de problemas que son resultado de particulares coyunturas políticas y sociales. En ese sentido, la consolidación difícil supone un itinerario de avances y retrocesos en el congelamiento de las características democráticas de los nuevos ordenamientos institucionales. Por una parte, los militares siguen conservando importantes prerrogativas y capacidad de incidencia en muchos países; la mayoría de los partidos políticos acusan serias dificultades para institucionalizarse; en muchos casos prevalecen grupos claramente antirrégimen; la crisis de legitimidad se ha hecho evidente en la mayoría de los países; la cultura política en la región dista de ser plenamente democrática. Por la otra, la región en su conjunto atraviesa por una de las peores crisis económicas de las últimas décadas, lo cual repercute a su vez en la legitimidad y efectividad tanto de las estructuras de autoridad como de las estructuras de intermediación.⁴⁷

De acuerdo con un informe de la CBPAL de 1991, entre 1982

Muchos factores podrían estar explicando las dificultades por las que atraviesan los procesos de consolidación democrática en América Latina: la ausencia de una cultura política plenamente democrática en la región; la ausencia de un desarrollo socio-económico que ha impedido la afirmación de las clases o grupos sociales que sustentan la democracia; problemas de gobernabilidad a causa del tipo de estructuras políticas existentes, etcétera.⁴⁸ Pero más allá de las causas de fondo, son bastante visibles para todos los dos grandes desafíos que nuestros países deben afrontar y de cuya resolución eficaz depende en buena medida el firme establecimiento de estructuras y procedimientos democráticos: la crisis económica y la redefinición del papel del Estado.

Respecto al primer aspecto, hoy más que nunca resulta apremiante para la región impulsar mecanismos de cooperación que le permitan una inserción menos desventajosa dentro de los bloques comerciales de fin de siglo. De ello dependen, en buena medida, las posibilidades futuras de la región para enfrentar sus graves problemas económicos.⁴⁹

En lo que se refiere a la redefinición del papel del Estado, el gran desafío para América Latina es conjugar dos cuestiones aparentemente irreconciliables: un proyecto neoliberal en lo económico y un proyecto social desde lo político.⁵⁰ En efecto, la idea de democracia en América Latina se ha asociado tradicionalmente con el principio de justicia social más que con el de

1990 el PIB per cápita de la región cayó en más de un 10%. Para 1991 la deuda de América Latina de 420 billones de dólares mostró un incremento en más de 100 billones respecto a 1982. Por su parte, el promedio anual de la inflación se incrementó para 1990 diez veces más que en 1982. Citado por: E. Arredondo Ramírez y J. Lara Castro, *América Latina: la transición democrática frente a los problemas de su consolidación*, CIDE, Documentos de Trabajo, 1991, pp. 18-19.

48. Además de estos problemas, países como El Salvador, Nicaragua y Guatemala deben afrontar el grave desafío que representa pacificar los procesos políticos internos.

49. Véase el capítulo primero

50. Véase el capítulo tercero.

igualdad política. Por ello, los actuales procesos de reforma institucional que darán lugar a una nueva matriz estatal en la región no pueden limitarse al segundo de estos significados de la democracia en detrimento del primero.

En su momento, los distintos actores sociales y políticos de América Latina promovieron la democratización de sus países por convenir así a sus intereses, siendo el principal la apertura de un espacio institucional relativamente estable en el que pudieran garantizarse la representación y la canalización de sus demandas. Sin embargo, las difíciles condiciones de la región hicieron que muy pocos de estos actores vieran fructificadas sus expectativas. Con todo, hoy más que nunca debe advertirse de las implicaciones devastadoras para todos de una posible nueva ola de regresiones autoritarias.

Ante la magnitud de los desafíos sólo caben grandes soluciones. Por nuestra parte creemos que aún existe en América Latina el potencial y la inventiva necesarias para encauzar nuestras frágiles democracias en el camino mucho más promisorio de la consolidación democrática.

EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA: ¿CONSERVADURISMO O DEMOCRACIA LIBERAL?

La historia y la política se construyen de hechos, de instituciones, de hombres y mujeres que buscan cristalizar sus deseos; de ambiciones sostenidas por el Ser y el Permanecer que forman parte de un destino adherido a la utopía pero también a la contingencia.⁵¹

El presente capítulo pretende apuntar algunas impresiones en torno a las ideas más sustantivas que el filósofo y sociólogo brasileño José Guilherme Merquior produjo con el fin de situar la experiencia de América Latina como uno de los paradigmas de identificación cultural que, por derecho propio, han ofrecido importantes aportes para definir el curso político y social de la modernidad en Occidente.

¿Cuáles son los fundamentos ideológicos que han permitido acuñar una identidad latinoamericana? ¿Cuáles han sido las consideraciones que permiten ubicar su desarrollo histórico? ¿Qué respuestas pueden ofrecerse para definir un posible horizonte político que mantenga viable su proyecto como parte del mundo?

Estas y otras preguntas fueron constantes interrogantes a lo largo de los escritos de Merquior, sea desde sus ensayos

51. A. Heller, *A Philosophy of History in Fragments*, Oxford, Basil Blackwell, 1993.

dedicados a la filosofía de la historia, la ciencia política, sea desde la frontera de sus aportaciones en el campo de la sociología de la cultura. Y en todos ellos, América Latina siempre se mantuvo como un destinatario lógico que sigue reclamando tributo para tratar de resolver sus limitaciones y su sentido de existencia; es decir, su legitimidad histórico-política.

LA LEGITIMIDAD SIEMPRE A PRUEBA

Si la legitimidad es vista de este modo, es decir, como validación ideológico-fáctica de normas, valores y procesos, entonces nos impone la idea de que toda sociedad dista de poder ser caracterizada como una unidad homogénea. Por el contrario, sus estructuras implican definición -siempre incompleta y particular- de significados y contenidos que más bien la colocan dentro de un territorio de complejidad.

En este sentido, Merquior siempre intentó contrastar la idea rousseauiana de la legitimidad como acto de la voluntad general, como ejercicio historicista, con la visión weberiana que la interpreta como un proceso consciente de racionalización que desemboca en la consolidación de un orden institucional que convalida toda acción humana.⁵²

Sin embargo, cada sociedad intenta comunicar y extender sus ideas. Es decir, abreva y se desplaza en la cultura, así como en el conocimiento que ella proporciona para interpretar nuestro horizonte de realidad.⁵³ Requiere construir bases que si bien no son enteramente aceptadas por todos, permiten un primer momento hacia la oportunidad del encuentro.

52. J. G. Merquior, *Rousseau and Weber. Two Studies in the Theory of Legitimacy*, Londres, Routledge & Kegan Paul 1980.

53. J.G. Merquior, "In Quest of Modern Culture: Hysterical or Historical Humanism", *Critical Review*, Londres, vol. 5, núm. 3, verano de 1991, pp. 399-420.

Aunque lo anterior, en el fondo, implica una lucha de identidades que, de resultar exitosa, permite la creación de una entidad mas solida y capaz de emprender proyectos más ambiciosos. En ese aspecto, se puede apelar a una "meta-historia", misma que se configura mediante la presencia de las "grandes narrativas".⁵⁴

América Latina, sin embargo, también se ha visto inmersa dentro del oleaje pseudointelectual que ha decretado un ambiente de nihilismo contra todo intento que abra brecha en las nociones del progreso y el "homo economicus".⁵⁵ De tal suerte, parecería que en la particular "gran narrativa" propia de América Latina, sólo las clásicas imágenes de la indolencia, el conformismo y la pasividad constituyen lo prominente y lo trágico-insuperable de esta región; y cuya dependencia, conservadurismo y populismo han sido sucesivos -y a veces combinados- enemigos para lograr un sólido desarrollo regional.

A pesar de que América Latina ha sido llamada varias veces a iniciar una etapa de modernización integral con democracia, dicho proceso sólo ha logrado plasmar imágenes y engaños mutuos. Merquior visualizó dos recursos que intentan ocultar o negar dicho fracaso histórico de las "sociedades que pretenden ser y permanecer": el velo y la máscara.⁵⁶ Para nuestros fines, resultan sumamente ilustrativos para interpretar la senda recorrida por América Latina en su ya largo camino por obtener su legitimidad histórico-política.

54. J.G. Merquior, "Philosophy of History: Thoughts on a Possible Revival". *History of the Human Sciences*, Londres, vol. 1, núm. 1, mayo de 1988, pp. 23-31.

55. Una demoledora crítica a este "estado del arte" en la teoría social puede encontrarse en el artículo de Merquior: "Death to Homo Economicus?", *Critical Review*, Londres, vol. 5, núm. 3, verano de 1991, pp. 353-378.

56. Véase J.G. Merquior, *The Veil and the Mask. Essays on Culture and Ideology*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1979.

El velo deja ver sólo una parte de lo tangible. Pero en todo caso, no proporciona certeza alguna de lo que queda oculto. El desafío es dejarlo donde está o quitarlo con el riesgo de que descubramos algo enteramente distinto de lo deseado. Pero en última instancia, su uso implica una verdad a medias, un sentido trunco de algo que podría mostrarse plenamente en el futuro, si se decide a superar sus miedos y limitaciones actuales.

Por el contrario, la máscara siempre es una imagen que oculta algo completamente distinto a lo que está ante nuestra vista. Es un abierto llamado a convertirnos en cómplices de la mentira; de pretender algo sin serlo. Y lo que es peor, incluso para mantener esa actuación a sabiendas de que nunca se podrá llegar a la otra orilla, por más intentos que se hagan para superar los obstáculos.

Así, la máscara será la prisión de una identidad que nunca podrá salir a la luz, si no se hace nada para que el interior se ajuste con la imagen. Muchas de nuestras sociedades cargan velos y máscaras. Muy pocas son capaces de vivir mostrando su rostro real; de ser aptas para "vivir en la verdad", como bien lo ha expresado Václav Havel.

Ambas metáforas nos colocan exactamente dentro de las coordenadas políticas en las cuales Merquior situaba a América Latina, por cuanto la define como una entidad donde muchos de sus protagonistas han intercambiado velos y máscaras, pero muy pocos parecen poder vivir dentro de un mundo sin apariencias.

Así, la modernidad sigue siendo promesa y utopía para que la historia -en un sentido recuperado de Giambattista Vico, autor por el cual Merquior sintió particular afecto— ofrezca una "nueva entrada" para perseguir el ideal. De otra manera, a la par del *Cliocidio* -la muerte de la historia- que pretende hacer ver las cosas como si éstas nunca hubieran pasado, nos convertimos en *Logocidas*, ya que negamos toda posibilidad de sobrevivencia y transmisión del conocimiento. Y esto no es sólo un

drama de América Latina, sino de la propia idea de Occidente y de la civilización.⁵⁷

La legitimidad histórico-política y el sentido de lo "latinoamericano" parecen descansar entonces sobre un proceso que sólo ha podido echar raíces parciales y que ha sido secularmente minimizado por muchos de los grupos de interés que han pretendido conducir esta región hacia un estatuto cultural moderno que en teoría implica conseguir una democracia de libertades y derechos mediante el logro de un bienestar equitativo.

En este sentido, como crítica central a este problema, Merquior vislumbraba como necesario un renacimiento del liberalismo en América Latina,⁵⁸ no como parte o eco de una moda que se ha irradiado como signo ideológico en este último tramo del siglo XX, sino que debía ubicar como reto fundamental el "descentralizar" todo supuesto, todo mito sostenido en el velo o en la máscara, para así motivar a la renovación de las estructuras y valores mediante la propia acción social.

En consecuencia, Merquior concebía que el liberalismo en América Latina debía tomar como tarea que la legitimidad histórico-política fuera fuerte y colectivamente aceptada; porque ésta proporcione una mayor coherencia institucional, y porque permita continuar los procesos que hasta ahora han dejado inconclusos el desarrollo de la cultura y las identidades sociales en el propio seno de la región.

América Latina, con todo y sus continuas desventuras históricas, ha resistido vivir entre velos y máscaras. De ahí que

57. J. G. Merquior, "El logocidio occidental", *Vuelta*, México, núm. 149, abril de 1989, pp. 7-11.

58. J. G. Merquior, "Una panorámica del renacimiento de los liberalismos", *Ciencia Política*, Bogotá, núm. 12, III trimestre, 1988, pp. 23-33.

59. Para una lectura más directa de las posiciones de Merquior como pensador e intérprete del liberalismo, objetivo que escapa a este trabajo, sin duda es obligada la consulta de su último libro: *Liberalism. Old & New*, Boston, Twayne Publishers, 1991.

su identidad, si bien **Biempre se ha encontrado en** transito, **en** muchos **sentidos** nos muestra que **68** capaz **de** reclamarse herederay participe de una cultura occidental, **precisamente** por enruinecería con rasgos que provienen de su pasado indígena y de sus múltiples migraciones, **permitiendo** así generar el concepto que Merquior visualiza como la "descentralización" de los valores aunque también de las vicisitudes de Occidente

EL "OTRO OCCIDENTE"

Gracias a la circunstancia descrita, Merquior pudo acuñar una de las más afortunadas expresiones que han surgido para caracterizar a América Latina: el "Otro Occidente". Concepto que implica para esta región ser la proyección o extensión de algo, pero siendo a la vez algo con características completamente propias.^m

Con ello, Merquior nos colocó acertadamente a los latinoamericanos en el núcleo de nuestra tensa transición, donde nuestros mitos y convenciones languidecen de agotamiento, al abrir nuestra mirada no sólo a la "*de-velación*" de nuestras falsas máscaras culturales, sino que también se impuso, como tarea intelectual, la "*revelación*" de nuestra propia mitología política; tradición que ha permanecido fincada sobre la acción del Estado populista que se encuentra presente en la práctica de lo que se podría llamar los "nacionalismos sin nación", que convocan a un pasado idílico sostenido en sujetos y metas no viables.

En este sentido, Merquior nos exhortó a los Latinoamericanos a reconocer nuestro propio estatuto de modernidad, basán-

60. J.G. Merquior, "El Otro Occidente (Un poco de filosofía de la historia desde Latinoamérica)", *Cuadernos Americanos*, México, Nueva Época, vol. 1, núm. 13, enero-febrero de 1989 P 9.

dose en la crítica a la prolongación de un modelo de "contratualismo criollo" que ha particularizado e identificado a sólo una parte de nuestras sociedades, precisamente mediante la creación de nuevos velos y mascaradas que nos siguen prometiendo alcanzar la modernidad sin pagar costo alguno (la lógica del populismo), y que plantean que mantener intacto el pasado fallido -haciéndolo pasar como nuestro presente- es la mejor forma de protegerse frente a los extraños que "no conocen nuestra historia" (lo que es un rasgo propio de los nacionalismos pasivos y conservadores).

Pero en los hechos, salvo muy contadas excepciones, los gobernantes en esta "Nuestra América" han distado de saber y entender el pulso histórico de los pueblos, que para Merquior es la construcción de una legitimidad eficaz bajo un orden institucional activo, siempre en movimiento y que mira hacia todas las direcciones posibles, sin ataduras idílicas de por medio:

Hoy día, en América Latina, la ruptura con el peso del pasado significa la superación de un complejo condicionante: *el Estado patrimonial, el capitalismo periférico y las modernizaciones sucursales*.⁶¹

Merquior en este sentido, también reivindicó dos capacidades sociales que América Latina ha "revelado" como parte de los rasgos verdaderos de su identidad política:

- a. Su sentido de revolución, de recuperar -cuando es necesario- el poder político y su soberanía popular usurpadas por las oligarquías y las élites que hacen uso indiscriminado de los recursos de la Nación como prebendas (de nuevo aparece aquí la figura de Rousseau);
- b. su férrea vocación populista y liberal como entendimiento y respuesta racional (Weber) -presente en los verdaderos momentos de crisis acerca de su identidad futura- a lo que significa

61. *Ibid.*, p. 19.

desarrollar la democracia en un sentido colectivo de integración, lo que para Merquior significa en suma, la dignificación de los niveles de vida (ser parte de la economía-mundo) y el pleno reconocimiento de la ciudadanía como cualidad e identidad en todo individuo que es miembro de la sociedad política.

Por otra parte, el "Otro Occidente" ha asimilado y enriquecido lenguas, indumentarias, religiones. De ello, el "Viejo Occidente" debería sentirse orgulloso, aunque paradójicamente sigue entorpeciendo la completa entrada a la democracia y a la economía estables de aquél. Si bien esto es totalmente cierto, para Merquior no es posible olvidar la "otra cara de la Historia", la que, como ha dicho Karl Popper, precisamente se expresa en los errores propios, en los caminos que nos han conducido una y otra vez a los callejones sin salida."²

Esta idea muchas veces no ha sido entendida en su totalidad, porque siempre buscamos culpables o "chivos expiatorios" en los demás, pero nunca en uno mismo. Es por ello que durante las etapas más negras del autoritarismo burocrático-militarista de los años setenta y ochenta, algunas de las posiciones políticas de Merquior fueron vistas en América Latina como defensas del *status quo*, cuando sin duda propugnaban todo lo contrario, porque Merquior nunca se cansó de llamar a la conciliación y de ver la política como razón y diálogo, en donde todas las partes debían reconocer su responsabilidad sobre el fracaso.

Muchas de sus posiciones fueron igualmente criticadas por su desbordante optimismo hacia lo universal, ya que las diferencias entre las naciones y los individuos en América Latina persisten en tomar la ruta de un provincialismo fragmentario terrible.

Por ello, Merquior, aunque educado y asumido en el amplio espectro liberal, nunca dudó en colocarse dentro de la incómoda

62. K. R. Popper, *In Search of a Better World. Lectures and Essays from Thirty Years*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1992, especialmente los capítulos 2 ("On Knowledge and Ignorance") y 10 ("Emancipation through Knowledge").

condición que busca conciliar el extremo utilitarista mercantil y la defensa de la privacidad del "viejo liberalismo" con sus rasgos premodernos, con los derechos sociales que hacen sustantivo y factible un desarrollo justo y equitativo en términos de proporcionar iguales oportunidades vitales a cualquier ciudadano, principio que Merquior entendía como el eje de un "nuevo liberalismo democrático" con aspiraciones de un alto modernismo.⁶³

UN "NUEVO LIBERALISMO DEMOCRÁTICO"

He aquí la base sobre la cual Merquior creía posible que se podía enmendar el "Antiguo Régimen" del contractualismo económico, político y cultural que ha prevalecido desde los orígenes decimonónicos en América Latina, aunque sin perder la dimensión de que la existencia del contrato es necesaria. Las verdaderas revoluciones se producen no sólo como simples acontecimientos violentos, sino que sus implicaciones y resultados permiten mantener una continuidad que orienta al movimiento de nuestras sociedades hacia identidades colectivas sin romanticismos mitológicos de por medio.

Pero para lograr este cometido, los latinoamericanos tenemos que producir una efectiva y racional transformación ideológica en todas nuestras estructuras. Por ello, Merquior vio como una tarea inaplazable la reforma simultánea del Estado y de la Sociedad; ambas vistas no sólo como una mera ampliación de espacios, sino también como la redefinición de tareas

63. J.G. Merquior, *Liberalism Old & New...*, *op. cit.*

64. Para ahondar en la idea de la "revolución-acontecimiento" y la "revolución-movimiento", véase J.G. Merquior, "Reinterpretando la Revolución", *Cuadernos Americanos*, México, Nueva Época, núm. 16, julio-agosto de 1989, pp. 6-7

en que el poder político coadyuve a la mejoría -y no a la opresión- de los hombres.

En ese aspecto, apoyado en la ideas de Max Weber, Merquior vislumbraba que una nueva historicidad política para América Latina debería comenzar por enmendar los patrones de su "estratificación", lo que significa decirle "no" al centralismo, a la autocracia, al paternalismo estamental.

En el fondo, lo anterior implica decir también "no" al Estado que funciona como parásito e igualmente completar una secularización política ciudadana que si bien logró demarcar los límites entre religión y política, poco ahondó para trazar las fronteras efectivas entre una sociedad civil moderna y el viejo concepto que convierte a la política en un mero mecanismo cortesano, el cual sigue rindiendo pleitesía lo mismo a caciques que a los distorsionados sistemas presidenciales que, en América Latina, perviven como pruebas vivientes de una herencia colonial aún no liquidada y que rinde un desmedido culto al poder encarnado en la figura del Todo-poderoso Le viatán estatal.

Aquí podemos ver reelaborada atinadamente una tesis que Merquior defendió fervorosamente desde un artículo escrito en 1984 -y que ha permanecido un tanto olvidada en América Latina- la cual se refiere a la recuperación en la democracia -y desde la libertad- del "*Estado real*". Es decir, la idea cualitativa por un Estado eficiente y fuerte que no significa lo mismo que un Estado máximo o mínimo. Conseguir el tamaño real u óptimo del Estado significa promover su verdadera simetría con las figuras constitucionales que dan coherencia a la legitimidad contractual.⁶⁶

65. Esta idea se halla en el último escrito que Merquior publicó en México antes de su salida hacia Francia como representante de Brasil ante la UNESCO en 1989. J.G. Merquior, "Latinoamérica: Crónica del Estado", *Examen*, México, vol. 1, núm. 5, octubre de 1989, pp. 6-7.

66. J.G. Merquior, "Power and Identity: Politics and Ideology in Latin America", *Government and Oppositton*, Londres, vol. 19, núm. 2, primavera de 1984, pp. 239-249

IA) anterior representa un punto un portan te, ya que en los hechos la historia política de America Latina muestra que el liberalismo ha sido utilizado sólo como la mascara que ha ocultado la faz de los autoritarismos militaristas del Estado mínimo y los populismos del Estado máximo, cuyos impactos han sido lastres gigantescos para remontar los atrasos ancestrales."

Por eso, Merquior cabe ser colocado también dentro de las posiciones políticas que sostienen un concepto republicano como basey sustento ideológico de la democracia. Y ello implica que un liberalismo democrático bien entendido defiende la división y el equilibrio entre los poderes.

Merquior veía entonces que el problema de la gobernabilidad en América Latina (aunque en realidad esta consideración tenía como telón de fondo su propia circunstancia brasileña, atrapada al igual que otros países de la región dentro de sus reformas económicas y la transición hacia la democracia) no radica centralmente en averiguar si el régimen presidencial es mejor que el parlamentario, sino en ubicar el contexto histórico y las necesidades en que uno u otro pueden servir mejor a los propósitos del desarrollo político de las naciones.

De ahí que Merquior siempre pudiera expresar un radiante optimismo respecto a la posibilidad de que las sociedades latinoamericanas tienen que poner en práctica todo aquello sobre lo que están de acuerdo en la teoría: el respeto a las garantías y el Estado de Derecho.

Estos elementos, que curiosamente son los más positivos recogidos en la "mestiza" relación histórica de América Latina con la filosofía política occidental, son los que paradójicamente menos ha sido posible defender ante los falsos populismos que proponen la ruptura y el aislamiento total con el capitalismo avanzado.

Más aún, lo anterior es una crítica que Merquior consideraba igualmente válida frente a los autoritarismos que sólo vislumbran vínculos monoproductivos como medio para sobre-

llevar la crisis económica interna, pero sin proponerse seriamente una transformación a fondo de la estructura social o de la distribución del ingreso que, por otra parte, mantienen una lógica de corrupción predatoria mediante el avasallamiento patrimonialista del aparato estatal.

SOBRE EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA

¿Qué puede esperarse entonces de América Latina a la luz de su historia reciente? Merquior quizá ratificaría una vez más su siempre desbordante simpatía hacia toda tentativa "trans-regional" que intente continuar la tradición de pensadores como Bolívar, Haya de la Torre, Vasconcelos o Martí, cuya visión de una comunidad política y cultural fuerte es la mejor expresión de lo que puede esperarse de una historia surgida "desde adentro" y ya no prestada "desde afuera".

En muchos sentidos, la idea política de Merquior está siendo confirmada con el incipiente desarrollo e interacción comercial de nuevos pactos económicos a lo largo y ancho del continente, así como por la adopción de una filosofía ciudadana que propugna cada vez más activamente la idea de que un Estado fuerte no tiene por que pervivir mediante providencialismos o clientelismos que encierran al individuo y a la sociedad civil dentro de estrechas jaulas ideológicas.

El Estado es actor necesario, pero no único, en la consecución de las tareas de poder conciliar los retos del crecimiento interno y la apertura económica hacia nuevos mercados. Tampoco es instancia monopólica para promover la existencia de mecanismos que extiendan el desarrollo de los procedimientos democráticos como norma de coexistencia y decisión legítima. Esta es la esencia de la empresa histórico-cultural que Merquior concebía como necesaria para promover la construcción

de una nueva moral pública basada en la libertad y una transparencia sin velos ni máscaras.

Aún falta mucho por recorrer. Fantasmas como la deuda externa y la no consolidación de la democracia en varias naciones de la región persisten como ejemplos lacerantes de lo que Isaiah Berlín (otro autor que Merquior respetaba enormemente) bien ha calificado como el "tronco torcido" del cual proviene la madera humana.⁶⁸

De esta manera, para generaciones como la nuestra, discípulas anticipadas de un amigo que aún debería estar entre nosotros, sólo nos queda seguir ejerciendo con modestia el noble oficio de pensar -y de actuar para lograrlo- en una América Latina legítimamente fincada en una modernidad democrática con pleno goce de las libertades. Pero sobre todo, donde la justicia -cualquiera que sea la forma en que ésta se exprese- ofrezca una oportunidad de vida digna para todos.

Contagiados del hálito propio del "observador comprometido" aroniano -del cual Merquior fue un ejemplo concreto- quisieramos terminar este capítulo con el optimismo y la certeza de que José Guilherme no será olvidado por la historia política futura que se haga desde nuestro "Otro Occidente" latinoamericano.

68.1. Berlín, *The Cruoked Timber of Humanity Chapters in the History of Ideas*, Nueva York, Vintage Books, 1991.

AMÉRICA LATINA: ¿RENACIMIENTO O DECADENCIA?

A la luz de la integración política y económica de la Comunidad Europea y del colapso del bloque comunista de Europa del Este, en cuanto elementos centrales de una profunda reordenación del sistema internacional, América Latina debate y enfrenta su presente de manera claramente desventajosa.

América Latina, el "Otro Occidente", como nos ha definido José G. Merquior,⁶⁹ después de un decenio conocido como la "década perdida" en alusión a la difícil crisis económica que envolvió a la región en su conjunto, enfrenta hoy la dramática disyuntiva de asomarse y asumirse dentro de un contexto moderno y liberalizador o comenzar a transitar hacia su destrucción.

La conformación de un nuevo orden mundial plantea para América Latina diversos dilemas por resolver. Así, por ejemplo, al mismo tiempo que le resulta cada vez más apremiante integrarse de manera beneficiosa en el nuevo mercado mundial, padece una "crisis de inserción" en dicho sistema, a causa no sólo del papel crecientemente secundario y subordinado que se le confiere por parte de los centros hegemónicos, sino también porque las nuevas formas de dependencia han agudizado las diferencias Norte-Sur, poniendo en riesgo toda posibilidad

69. J.G. Merquior, "El Otro Occidente (un poco de filosofía de la historia desde Latinoamérica)", *Cuadernos Americanos*, México, núm. 13, 1989, pp. 9-23.

de recuperación económica sostenida.⁷⁰ A ello debe sumarse la persistencia en la región de algunos Estados nacionales de carácter todavía fuertemente proteccionista.

A nivel político, los dilemas son igualmente cruciales. Los actuales procesos de transición o consolidación democrática por los que atraviesa la región se ven seriamente amenazados, pues tales procesos resultan condicionados por los márgenes de gobernabilidad (y, consecuentemente, de legitimidad) que en buena medida se desprenden de la misma capacidad de inserción en el sistema económico internacional.

En lo que sigue intentaremos distinguir algunas de las opciones y retos que se desprenden para América Latina del actual marco de redefiniciones de la economía-mundo. Asimismo, en un marco de preocupaciones más amplio, discutiremos las interrogantes que plantea para esta parte del planeta el tránsito necesario entre tradición y modernidad; es decir, el salto de economías cerradas a economías abiertas, de estados patrimonialistas a estados eficientes, de populismos recalitrantes a sociedades integradas y participativas. Por nuestra parte, contrariamente al frío hiperrealismo de las modas políticas y de los cálculos económicos, creemos aún posible augurar no la decadencia, sino el renacimiento de esta región en el mapa internacional.

I

Simultáneamente a la constitución de la unidad europea en 1992, América Latina conmemoró el quinto centenario de la conquista y colonización de esta región por parte de las naciones española y portuguesa.

El significado de esta celebración se convirtió en un elemento de gran importancia para América Latina, pues motivó

70. Véase L. Díaz Müller, "Latinoamérica a la hora de Europa", *La Jornada Semanal*, México, 26 de agosto 1990, pp. 37-44.

un intenso debate sobre sus perspectivas históricas y económicas, en un mundo atrapado por la incesante innovación tecnológica, el desgaste de los mitos y las ideologías, así como el despliegue incontrolado de los fundamentalismos religiosos y las violencias posnacionalistas que pueden regir el destino de este último tramo del siglo XX.⁷¹

Es innegable que la velocidad con que se han impuesto estos cambios ha reducido sensiblemente nuestra capacidad de asimilarlos en su justa dimensión. En efecto, resulta extremadamente difícil comprender de golpe procesos políticos como las "revoluciones de terciopelo" experimentadas en Europa del Este, la reunificación alemana, la creación de bloques comerciales que traspasan la noción, ahora obsoleta, del Estado soberano. Así pues, nuestras mentes y ojos trabajan en acontecimientos que en otras circunstancias hubieran implicado ciclos de decenas o quizá centenas de años para poder desarrollarse. Es precisamente en este terreno donde la investigación sociológica, como señala Pablo González Casanova, debe ponerse a prueba, sobre todo en América Latina, marcada por características originales respecto a Europa.⁷²

En primer lugar, la reflexión sobre América Latina debe pasar en la actualidad por los elementos fundamentales a través de los cuales esta parte del mundo puede reconocerse como una prolongación del paradigma cultural de Occidente. En ese sentido, la dialéctica del "Otro Occidente" actúa en dos direcciones. Por una parte, América Latina es un Occidente diverso, periférico, con características bastante específicas en relación con el Occidente más avanzado e históricamente más antiguo. Pero al mismo tiempo se trata del "Otro Occidente",

71. En este punto parece haber una gran coincidencia en lo análisis de gente tan disímula como Zbigniew Brzezinski "Nacionalismo poscomunista", *Política Exterior*, Madrid, vol. VI, núm. 15, 1990, pp. 137-161; o Jürgen Habermas "Conciencia histórica e identidad nacional", *Identidades nacionales y posnacionales*, Madrid, Tecnos, 1989, pp. 83-109.

72. P. González Casanova, "La crisis del mundo actual y las ciencias sociales en América Latina", *La Jornada*, México, 19 de septiembre de 1990.

no de otra cosa; es decir, no se refiere a una mera extensión de un continente al otro, sino de algo definitivamente conectado en su dinámica central con valores y tendencias del mundo occidental y en posición privilegiada. Por ello, América Latina es y hace una modulación y diferenciación de Occidente, pero nunca en una posición simplemente antitética, como si fuera en realidad otra cosa, como si Occidente fuera una especie de trampa en la que se cae.

Esta dialéctica permite suponer que el tránsito entre tradición y modernidad no suprime necesariamente a la primera en favor de la segunda. Se trata más bien de renovar la tradición existente, para reaccionar a las actuales contingencias históricas. Como ha señalado Octavio Paz: "hay que percatarse de que entre tradición y modernidad hay un puente. Aisladas, las tradiciones se petrifican y las modernidades se volatilizan; en conjunción, una anima a la otra y la otra le responde dándole peso y gravedad".⁷⁴

Ciertamente, la caída de América Latina en la modernidad ha estado rodeada más por desengaños y espejismos que por otra cosa. Pareciera que América Latina ha llegado tarde a los grandes acontecimientos, pero con demasiada anticipación a las experiencias nada enaltecidas: las dictaduras militares, los populismos recalcitrantes que insisten en ocultar su verdadero rostro autoritario, elitista, antidemocrático; la marginalidad social, así como el estatismo improductivo y corporativista.⁷⁵ Sin embargo, América Latina también ha contado con una tradición histórica que le ha permitido sobrevivir más allá de la conciencia racial y de la comunidad idiomática. La modernidad no ha suprimido del todo la transmisión de un particular

73. Véase el capítulo sexto.

74. O. Paz "La búsqueda del presente (discurso de recepción del Premio Nobel de Literatura)", *Vuelta*, México, vol. 15, núm. 179, 1991, pp. 10-14.

75. J. Medina Echevarría: "América Latina en los escenarios posibles de la distensión", *Revista de la CEPAL*, Santiago, vol I, núm. 2, 1976, pp. 9-87.

sentido estético, de una mística religiosa y de formas originales de socialización.

En ese sentido, como señala Alain Touraine, el tránsito latinoamericano a la modernidad debe pasar sobre todo por la *reforma del Estado* más que por la *revolución de la sociedad*TM. La inmensa tarea de la integración, tanto hacia adentro, de las masas hasta ahora marginadas del desarrollo, como hacia afuera, en la economía-mundo, exige la liquidación del Estado patrimonial-proteccionista; es decir, de los estados nacionales de orientación "mercado-internistas", para usar la expresión de Ludolfo Paramio, con excesivas facultades en sus economías. De lo que se trata es de reconciliar el orden político (el Estado) con el orden civil (la sociedad en su conjunto) limitando el papel, el tamaño y la orientación del primero y facilitando, no obstruyendo, la energía del segundo.⁷⁷

Los estados latinoamericanos deben asegurar el cumplimiento de sus funciones básicas (defensa, seguridad, justicia) y estratégicas (preservación del bien común, garante de la democracia, representante del interés general) pero deben reconocer asimismo que la "crisis fiscal" que padecen exige una nueva manera de asociar sus economías nacionales al nuevo oleaje internacional. Existe consenso en que es necesario pasar de la estrategia de sustitución de importaciones a una de crecimiento basado en las exportaciones, similar a las practicadas en algunos países asiáticos.

11

América Latina ha deambulado entre "milagros" y "transiciones". No obstante que los pasos tratan de ser cada vez más

76. Véase el capítulo quinto.

77. L. Paramio, "América Latina en los noventa. La crisis de unos actores", *Nexos*, México, núm. 168, diciembre de 1991, pp. 29-36.

largos y ágiles para acortar el atrase, los asuntos pendientes se acumulan, colocando ahora a la región en la expectativa de la reforma democrática, la cual ha venido a sustituir aquella otra expectativa de la inminente revolución socialista, que de una nación providencial (la Cuba de los sesenta, el Chile de los setenta, la Nicaragua de los ochenta) se extendería a todo el continente.

Como consecuencia de este cambio de expectativas es probable que la izquierda latinoamericana se vuelva más escéptica, es decir, un poco más individualista, más liberal. Ello es sano, porque precisamente adolecía de la falta de tales comportamientos dentro de sus patrones de cultura política y militancia partidaria.⁷⁸ Algunos dicen que así se traiciona el propio pasado de la izquierda. ¿Pero se debe uno obstinar en que los caminos de la emancipación humana se tengan que recorrer en línea recta? Abandonar "tótems" no implica forzosamente dejar de recuperar principios. Este es, parafraseando a Karl Polanyi, el reto de las "grandes transformaciones".

En ese aspecto, el renglón positivo que nos muestran las revoluciones europeas de 1989 es que incluso debemos ser cuidadosos. ¿Qué tanto se debe desandar la utopía socialista para colocarla adecuadamente sobre el carril de la democracia y que a la vez coexista con la tradición liberal?

Véanse si no las dificultades que en materia de instauración institucional democrática enfrentan los rusos y las demás naciones excomunistas. Es el costo de entrar en el realismo político que está sujeto a vuelcos impredecibles. Sin embargo, la historia demuestra, por fortuna, que las sociedades en movimiento son las que sobreviven.⁸⁰ Por lo que respecta a América

78. J. Rodríguez Elizondo, *La crisis de las izquierdas en América Latina*, Nueva Sociedad, Caracas, 1990.

79. Cf. A. Ryan, "Socialism for the Nineties", *Dissent*, Nueva York, vol. 37, núm. 4, 1990, pp. 436-443; o K. Tester, "The Collapse of Existing Socialism", *Telos*, Nueva York, núm. 83 1990, pp. 151-161.

80. R. Dahrendorf, *Reflections on the Revolution in Europe*, Londres, Chatto & Windus, 1990.

Latina, no cabe duda de que sus países pueden aprender de dichas experiencias, pues es imprescindible consolidar la democracia formal y empezar a construir la democracia sustancial, por muy inciertas que éstas sean.

Esto no significa desatender la naturaleza implícita de los cambios internacionales. Para América Latina no habrá bondades ni apoyos gratuitos. Lo que está sujeto a modificación es el orden de las prioridades. América Latina debe reconocer que, si bien cuenta con una gama de opciones en materia de intercambio comercial y cultural, sus referentes inmediatos son los tres líderes financieros que condensan a los bloques de fin de siglo: Estados Unidos, Japón y Alemania.⁸¹

Por ello, dada esta premisa, cualquier solución respecto a un reacomodamiento integral sobre los adeudos externos de América Latina (hoy superiores a 400 mil millones de dólares) y sobre posibles flujos masivos de inversión a la zona (ambos poco factibles), obliga a América Latina a ser consciente de que las retóricas no se ajustan al nuevo modelo de las economías abiertas e interdependientes. América Latina debe pasar de las amenazas que utilizó en el pasado (la guerrilla, el petróleo o la suspensión de pagos) a una etapa de franco espíritu en favor de la coexistencia que pueda acortar los ya de por sí prolongados tiempos que se calculan para poder recuperar siquiera los niveles de bienestar que se tenían hace 10 o 15 años.

III

En América Latina, muchos sectores saben perfectamente por qué es necesario en lo inmediato contar con la interlocución

81. J.G. Castañeda, "Latinoamérica y el final de la guerra fría", *Nexos*, México, vol. 13, núm. 153, 1990, pp. 31-43; E. Krauze, "América Latina: el otro milagro", *Vuelta*, México, vol. 14, núm. 169, 1990, pp. 25-28.

82. A.O. Hirschman, "Good news in not Bad news", *The New York Review Books*, Nueva York, vol. 37, núm. 15, 1990, pp. 20-22.

de Estados Unidos y el resto de los bloques comerciales: inversión, desarrollo, así como el acceso a la mano de obra y al mercado locales. Pero la oferta no ha implicado hasta ahora, y es justo que así sea, deshacerse de los recursos ecológicos ni de la cultura ni mucho menos de las soberanías nacionales. Cabe preguntarse si esta "intransigencia" será causa suficiente para cancelar en definitiva a América Latina como interlocutor, considerando además su situación desventajosa respecto a Europa del Este, que en adelante concentrará la mayor atención de los países hegemónicos.⁸³ Creemos que no sucederá así, pero ello implicará un lapso mayor del que quizá se dispone para avanzar mutuamente.

Sin embargo, el roce continuo con la herencia occidental coloca a América Latina en una situación de gozne estratégico que la hace capaz de absorber la racionalidad técnica que pareciera no tener bridas ni fronteras y, por otra parte, retener los propios fundamentos de la sociabilidad y de la politicidad que tanto se han desgastado. En el marco inmediato de una división regional, puede observarse una tendencia clara a la segmentación horizontal y vertical entre las economías latinoamericanas. Así por ejemplo, mientras que para México su mirada se dirige primordialmente hacia Estados Unidos y Canadá, para países como Argentina o Brasil es imposible pensar en un futuro comercial sin contar con el espacio de la Comunidad Europea. La geopolítica y el sentido común son aquí contundentes. Ciertamente hay tendencias favorables hacia la complementación e intercambio dentro de la propia zona, pero cabe suponer que estos intentos volverán a quedarse en un segundo plano. Por ello, resulta muy factible que se constituya una serie de mercados subregionales, los cuales tendrán como ejes a los países ya mencionados.

Cabe señalar que es aquí donde se presentan las mayores dificultades para América Latina. Mientras que los nuevos

83. Cf. las reflexiones que para el caso del futuro de la Unión Soviética frente a la Comunidad Económica Europea hace D. Nelson, "The Soviet Union and Europe", *Telos*, Nueva York núm. 84, 1990, pp. 124-154.

bloques buscan sus "zonas de reserva" económica, es decir, espacios geográficos en donde abastecerse de materias primas, mercados para su producción y áreas donde desarrollar actividades económicas complementarias e inversiones, América Latina se encuentra enormemente debilitada para negociar en buenos términos su papel en la economía. Y si bien puede constituir aún una zona de reserva económica disputable por los bloques hegemónicos, su debilidad estructural hace que sus relaciones sean cada vez más subordinadas y marginales. En ese contexto, la integración latinoamericana tiene más de retórica que de realidad y resulta improbable. Prevalece más un carácter competitivo entre sus economías que un sentido de complementariedad, dada la similitud de sus plantas productivas.

Además, como bien observa Alain Touraine, el medio latinoamericano atraviesa por una crisis social en donde aún no se cuenta con los actores que desencadenen dichos cambios.*⁴ Bajo una perspectiva muy concreta, problemas como ubicar ahora el libre mercado como variable de medición de las capacidades de un sistema político, chocan frontalmente con las propias estructuras de poder creadas en los propios países del área. ¿Cómo pedir entonces autotransformarse a estos grupos, si ello afecta su sobrevivencia? De hecho, la "modernización" de los sectores productivos y la democratización implica una ruptura de las viejas divisiones entre "izquierda" y "derecha". Algunos piensan incluso que el debate ha regresado a ciertos temas de conflicto ya trazados-y todavía no saldados- entre los liberales y los conservadores del siglo XIX.

Si efectivamente se ha experimentado una regresión de esta envergadura, se estaría planteando para América Latina una terrible paradoja histórica en medio de exigencias que plantean reenfocar las previsiones defensivas que siempre se han mantenido frente a las grandes potencias. Por nuestra parte creemos que el fin de la guerra fría ha debilitado esta posibilidad, por lo que entre Estados Unidos y América Latina

84. Véase el capítulo quinto.

puede abrirse una etapa de respeto político y ya no de mutua desconfianza.

Recientemente, Carlos Fuentes se ha preguntado si "los hijos de don Quijote", como nos ha rebautizado a los latinoamericanos, estamos preparados o no para asumirnos en la modernidad, si existe una tradición renovada que produzca los insumos necesarios para la integración de esta región en un nuevo contexto moderno y liberalizados⁸⁶ A reserva de colocarnos en un clásico dualismo, las expectativas por un auge en América Latina nos hacen inclinar la balanza hacia ese lado. No obstante la magnitud de los desafíos, el continente ha alcanzado una gran madurez, reflejada en las diversas tentativas en curso por abrir sus economías, consolidar sus formas institucionales democráticas y abandonar los discursos populistas de antaño. Ojalá que un historiador del futuro pueda leer esto sin menear la cabeza o esbozar una sonrisa compasiva.

85.C. Fuentes, "Los hijos de don Quijote", *Nexos*, México vol 14, núm. 157, 1991, pp. 43-51.

SEGUNDA PARTE

EL RETO DE LA INTEGRACIÓN Y EL CAMBIO EN AMÉRICA LATINA

Conversación con Alain Touraine

Alain Touraine es uno de los sociólogos más prestigiosos en la actualidad. Es profesor en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París. Entre su vasta obra publicada destacan los títulos: *Sociología de la acción*, *La sociedad pos-industrial* y *El post-socialismo*. La conversación que aquí reproducimos tuvo efecto con motivo de la aparición en español en 1989, de su libro *América Latina. Política y sociedad* (Madrid, Espasa-Calpe). El tema en discusión fue básicamente la crisis de los modelos tradicionales de acción colectiva en América Latina que, en la perspectiva de Touraine, ha derivado en una "ausencia de movimiento" y en una situación de dependencia que obstaculizan los procesos de renovación política del Estado.

C. C. / V. A. O. En su nuevo libro sobre América Latina usted sostiene, por lo demás en correspondencia con lo que ha sido su propuesta sociológica en términos teóricos, que las categorías de la acción social en Latinoamérica se explican en función del particular modo de desarrollo de la región. ¿Qué elementos fundamentales definen este modelo de desarrollo en contraste con los experimentados en Europa o Estados Unidos?

A. T. Mi intención en este libro y en otros trabajos sobre América Latina no ha sido describir o analizar la historia política y social del continente, sino presentar un ejemplo de un análisis que puede ser generalizado y que como tal pertenece a una tradición posweberiana comparativa de gran importancia en varios países del mundo. Mi propuesta es la siguiente. En el caso europeo, considerado no solamente en un sentido geográfico, la idea central fue la autonomización de la sociedad civil, lo que significó concretamente en cada país relaciones socioeconómicas o relaciones de clase específicas. Por otra parte, mientras que en algunos casos el Estado aparece como reducido al sistema político de representación de intereses socioeconómicos, en otros, como el francés, el alemán o el italiano, aparece como el agente de formación de esta sociedad moderna. Pero Bismarck o Cavour llegaron a constituir una sociedad civil, económica, que terminó por desarrollarse, lo cual en general se paga muy caro, pues puede llevar a una situación en que existe una fusión entre intereses económicos e intereses políticos que en ocasiones se resuelven en nacionalismos extremos.

Además de este proceso de modernización, existen otros que se efectúan directamente a través del Estado, ya no como agente de formación de la sociedad civil, sino que éste se come lo poco de sociedad civil existente, cayendo en un sistema totalitario. Este es el caso de los sistemas comunistas y el de varios países nacionalistas. Ahora, ¿cuál es el sistema latinoamericano? Es un sistema de un desarrollo poco nacional, que viene desde afuera y que, sin embargo, no es colonial. Es lo que llamamos *situación de dependencia*. Mi tesis al respecto es que América Latina se encuentra política, ideológica y socialmente en una situación dependiente. Hay gente que defendió la idea extrema de que no hay diferencia entre dependencia y situación colonial y que, en consecuencia, no hay acción social posible, no hay actores sociales posibles, y que lo único que se puede hacer es cortar el eslabón más débil de la dependencia que es un

Estado nacional corrupto. En los hechos, eso fue un éxito en Cuba y un fracaso en el resto del continente con un costo muy elevado. Entonces, en un nivel teórico, yo defendí una tesis exactamente opuesta. Para mí, la característica de la sociedad dependiente es que, frente a la entrada de recursos externos, el Estado nacional que va a servir de redistribuidor de esos recursos tiene una capacidad de acción autónoma no sólo grande sino excesiva. En otras palabras, la idea central que defendí consiste en lo que yo llamo la desvinculación o desarticulación entre lo económico, en gran parte manejado desde afuera, y lo político, totalmente orientado hacia adentro, con la idea de aumentar el nivel de participación política. En ese sentido, América Latina fue, contrariamente a la idea dominante en muchos círculos, un continente con una participación urbana al consumo, a la política, muy precoz, frente a una dependencia económica y una dualización socioeconómica nacional extrema y, a nivel de los intelectuales y de la cultura, hubo una desvinculación aún más grande al grado de que el mundo intelectual en varios países de la región y en momentos determinados tuvo una vida muy apartada de la política y de la economía. En síntesis, mi interés fundamental fue, y ha sido, analizar este sistema para entender sus éxitos que no fueron insignificantes, sus fracasos y lo que está pasando en la actualidad y cuáles pueden ser los caminos pospopulistas, pues vino un momento más o menos tarde, dependiendo de los países, cuando este criterio de asignación de recursos a través de la redistribución se hizo cada vez más irracional dando lugar al ahogamiento del modelo de desarrollo hacia adentro cepalino y, en algunos casos, a tentativas de ruptura violenta mediante golpes militares.

En la actualidad, con o sin el antecedente de un golpe militar, prácticamente todos los países del continente han salido de este sistema. Aparte de Cuba, por lo demás en una situación crítica, hay un sólo país, y es necesario hablar claro

al respecto, que no ha salido del sistema nacional-populista y que es por supuesto el país que había alcanzado los mejores resultados: Brasil. Este país, no obstante que había aprovechado tremendamente las circunstancias, que había creado una importante industria, que exportaba productos industriales, que tenía un mundo empresarial, que tenía desde 1977 sindicatos de gran peso, que tenía una vida intelectual intensa y de muy alto nivel, ha mantenido en la actualidad políticas bastante proteccionistas y de defensa de la industria, como por ejemplo la informática, cada vez más y más incapaz de defenderse en el mercado mundial. En consecuencia, los brasileños, que siempre han tenido este desarrollo a través de empresas públicas, etcétera, están ahora tratando de mantener el viejo modelo y están creando un tipo de "populismo de derecha" y de "bolsillos vacíos", primero con Sarney y luego con Collor, que lleva a la catástrofe. Además, estos pobres brasileños han destruido con una mala interpretación del liberalismo su mayor fuerza que era la administración pública. En consecuencia, Brasil se encuentra en una situación tremendamente peligrosa, mientras prácticamente todos los países están progresando. A veces hay que decir cosas que todavía no son muy usuales de escuchar en el sentido de que el continente latinoamericano se está recuperando con mucha fuerza, después de más de 10 años de enormes sacrificios, de un aumento de lo que algunos científicos sociales llaman la "deuda social" y de un enorme incremento de las desigualdades sociales que comentaré más adelante. Hoy, en síntesis, la mayor parte de los países de la región están empezando a salir de la crisis, siendo los casos de México, Chile, Venezuela y Colombia los más avanzados y, en menor medida, pues su recuperación se ha visto atravesada por enormes dificultades, los casos de Argentina, Uruguay y hasta Perú, cuya economía ha dejado cuando menos de caer como en los años recién pasados. Obviamente, en el caso de Brasil también hay progresos, pero puesto que se trata de una sociedad profunda-

mente modernizada, es un país que, cuando pueda superar sus actuales dificultades, alcanzará progresos todavía mucho mayores y rápidos. Sin embargo, por el momento, el caso de México es el más sorprendente.

C. C. /V. A. O. ¿Qué rasgos definen las categorías predominantes de la acción colectiva en América Latina y cómo ha venido transformándose en los últimos tiempos?

A. T. El modelo clásico, el modelo "nacional-popular", tiene como característica principal la mezcla o ausencia de diferenciación entre actores sociales, fuerzas políticas y Estado. La principal característica de América Latina es que la imagen clásica de la diferenciación funcional de clases sociales, sindicatos separados de partidos, a su vez separados del Estado, con una administración pública burocratizada, etcétera, no ha existido nunca. Eso no quiere decir que el sistema latinoamericano deba ser considerado como totalmente negativo. Así, por ejemplo, durante un periodo de más de 60 años, de 1920 a 1980, la tasa de crecimiento económico de América Latina en su conjunto fue muy superior a la tasa de Estados Unidos y de Europa Occidental y sólo inferior a la tasa de Japón y de otros países del Extremo Oriente. Además, francamente, la brutalidad del proceso de industrialización y urbanización en América Latina en total fue menor que la experimentada en los procesos equivalentes en Europa Occidental o en los países comunistas, especialmente durante el momento más alto de este modelo, que puede ejemplificarse de manera particular con el cardenismo en México, cuando existió simultáneamente una transformación social, económica y política que, en el caso de México y de otros países, constituyó la base de su ulterior progreso.

En el momento actual, este modelo está acabado, agotado. En ese sentido, en cada uno de los países se presenta como el hecho más visible la ausencia de movilización política. Durante los años ochenta, la mayor parte de los países de la región ha perdido de 20 a 40% de sus niveles de vida, un poco como está pasando en la actualidad en Polonia, Hungría y otros países de Europa del Este. Y sin embargo, en ambos casos, los movimientos sociales no se ven. Es decir, fenómenos como el incremento de la violencia, de la autodestrucción de las generaciones jóvenes, de las formas subterráneas de economía, de la emigración hacia los países más desarrollados, etcétera, no han caminado paralelamente hacia un incremento de la movilización social. Este hecho estaría indicando que un movimiento social no es solamente un actor, una voluntad o un proyecto con todo su discurso subjetivante, aunque no por ello irrelevante; significa también que es necesaria la existencia de un marco de referencia de las movilizaciones. En mi opinión, lo cual constituye en la actualidad el hecho esencial tanto en América Latina como en Europa del Este, no existe este marco de referencia. Así, por ejemplo en Polonia, donde se ha pasado de un sistema a otro, ha comenzado el debate entre una política sumamente liberal y una política de defensa de los asalariados. El debate ciertamente es difícil, pero está abierto. En el caso de la Unión Soviética, donde no se han tomado decisiones económicas a la altura de las circunstancias, prevalece el caos. Aquí no hay ni movimientos sociales ni recuperación ni política económica ni nada. Con respecto a América Latina yo diría que está saliendo de su peor momento, del fondo de la crisis, y que dentro de dos a cuatro años los diversos expertos financieros agrupados en organismos como el Banco Interamericano de Desarrollo o el Banco Mundial reconocerán el progreso del continente, con lo que el flujo neto de capital sumamente negativo en los años precedentes volverá a ser positivo, lo cual es ya una realidad en varios países con respecto a los capitales privados. Incluso hay

quien sostiene que alrededor de 1995, la tasa de crecimiento del continente podría ser de entre 4 y 5%, que es mucho más de lo que puede esperar Europa o América del Norte.

No obstante ello, lo cual constituye en la actualidad mi preocupación central, a partir del momento en que los países funcionan de manera organizada en la nueva economía abierta, los problemas sociales, los problemas de luchas contra desigualdades sociales, de aumento del mercado interno, de lucha contra la miseria y la marginalidad, etcétera, se vuelven no sólo el problema urgente sino también el de posible solución. Yo estoy convencido de que dentro de pocos años el tema general de América Latina será cómo introducir un tipo de socialdemocratización, de redistribución a través del Estado; cómo crear o incrementar impuestos, dar recursos al Estado y utilizar los nuevos recursos para servicios sociales y un sistema mínimo de seguridad social. No hay otra salida. La política liberal actual, un poco como fue el caso de Europa, es el primer paso, pero rápidamente hay que reconstruir un control social y político de la actividad económica a través de un sistema de redistribución. Eso supone una administración pública con capacidad de intervención, pero más que nada, la rearticulación de actores populares. Ahora, ¿serán estos actores de tipo puramente civil o social, como en Europa, es decir, sindicatos y otras organizaciones? Yo creo que no. No veo ninguna razón para pensar que el modelo tradicional latinoamericano vaya a desaparecer de golpe. Sí habrá más autonomía, en la medida en que la economía vinculada al mercado mundial lo permita, pero creo que por la extrema dualización de estos países, ningún movimiento político tiene oportunidad, si no alcanza a vincular una defensa de tipo sindical del sector moderno con un tipo de neopopulismo del sector atrasado, donde el ejemplo más obvio sería el de Brasil.

C. C. / V. A. O. ¿Un populismo de derecha?

A.T. No. En el caso de Brasil eso fue en el pasado, fue el populismo que se apoyó a través de varias figuras paulistas en el mundo marginal de Sao Paulo y en los sistemas propios de los latifundistas del norte. En el momento actual, los sondeos de opinión señalan que Lula ganaría hoy, y por mucho, las elecciones presidenciales. Es decir, que la fuerza del Partido de los Trabajadores (**PT**), que aún es insuficiente dado sus muchos puntos débiles, le puede permitir unir de cierta manera el mundo moderno, el mundo del propio Lula, es decir, los sindicatos de la gran industria paulista, con una orientación de tipo populista fiscalizante que viene del alcalde de Sao Paulo. En ese sentido, considero que la transformación de la política brasileña puede alcanzarse si se logra una alianza indispensable entre el Partido Social Demócrata (**PSDB**) y el **PT**. Y si bien esto parece difícil a escala nacional, cuestión que discutí con el propio Lula hace unos días, no es imposible a escala paulista. Es así que si el **PSDB** apoya al **PT** para la elección municipal de Sao Paulo, el **PT** podría apoyar para la reelección como senador en 1994 a Fernando H. Cardoso, importante personalidad del **PSDB**. Lo cual me parecería un ejemplo bastante posible y creíble, sin detenerme más en la política brasileña, de una recomposición de la vida política.

C. C. / V. A. O. A este respecto, el caso mexicano parecería caminar a contracorriente.

A.T. El caso mexicano me parece mucho menos positivo en este nivel, porque el gran éxito de la política económica no ha sido paralelo a lo que se esperaba en el nivel sociopolítico desde el gobierno de De la Madrid; es decir, la desvinculación

del Estado y del partido o la coexistencia de un Estado con una vida política con partidos y con una cierta autonomía. Lo que se observa hoy en México es todo lo contrario, un repunte del presidencialismo y de la concentración de los poderes, por ejemplo a través del Programa de Solidaridad, que indica que el sistema de redistribución pasa, no a través de una negociación social o del Parlamento, sino a través del ejecutivo. En ese sentido, la prioridad en México es crear por fin una autonomía del sistema político y un multipartidismo indispensable.

C. C. / V. A. O. ¿Puede hablarse en este caso de un desfase entre la liberalización económica y la liberalización política? Y de ser así, ¿esto no estaría marcando un límite en los procesos de democratización en América Latina, por cuanto los procesos de liberalización económica requieren ser tutelados por Estados fuertes mediante decisiones no siempre ratificadas socialmente?

A. T. Eso es lo que está pasando. El Estado maneja un proceso económico que, siguiendo con el caso mexicano, se identifica con la fusión del mercado libre norteamericano. Existe entonces una tendencia en México a una extrema dualización entre un Norte americanizado y un Sur cada vez más cuarto mundo. Esto nos lleva al tema de la integración regional de América Latina que considero muy importante, aunque de difícil materialización dadas las enormes diferencias entre los países, no obstante algunos avances en ese sentido como la integración Centroamericana, el Pacto entre Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay. Por otra parte, con respecto a las relaciones entre América Latina y Europa, no veo grandes perspectivas de desarrollo. En ese sentido, considero que América Latina intensificará sus relaciones comerciales con Estados Unidos. Si

bien la brecha existente entre las economías altamente desarrolladas y las economías latinoamericanas es muy grande, existen posibilidades y ejemplos de intercambios comerciales favorables a la región. No obstante ello, la prioridad absoluta de América Latina, a medida que la reorientación de la economía hacia afuera se va realizando, lo constituye la redistribución, la lucha contra las desigualdades. No se puede continuar con una política liberal que tiende a aumentar las desigualdades y que, aunque se ajusta en algunos aspectos a los requerimientos económicos liberales, tiene efectos catastróficos en los ámbitos social y político. Asimismo, para evitar que en América Latina haya una criminalización de una parte cada vez mayor de la economía, como se manifiesta ya con el narcotráfico, es fundamental buscar una dirección opuesta de intervención del Estado y de redistribución del ingreso.

C. C. / V. A. ü. ¿De qué manera son comparables los procesos de democratización en América Latina y en Europa del Este?, ¿qué analogías y qué diferencias pueden establecerse?

A. T. Dicho brevemente, la oposición entre las dos regiones es muy visible. Ambas están saliendo de regímenes "voluntaristas", están entrando en una economía de mercado internacionalizado sin protección excesiva por parte del Estado. La diferencia está en que mientras el problema mayor de Europa del Este es de inversiones, de cómo generar inversiones en una sociedad que tiene en general bastante homogeneidad y pocas distancias sociales, en América Latina, por el contrario, donde sí hay capacidad para generar inversiones-la cual se incrementará conforme se vaya resolviendo el problema de la deuda externa- y donde sí hay sistemas de precios, bancos, capitales, en una palabra, economía de mercado, el problema mayor es

que existe una sociedad muy dualizada, con enormes distancias sociales. Entonces, como la modernización y el desarrollo económico y social significan al mismo tiempo inversiones y participación social mas distribución de los frutos de las inversiones, yo diría que, mientras uno de los dos problemas está presente en Europa del Este, el otro caracteriza a América Latina. Así, mientras que América Latina está básicamente frente a una problemática social, Europa del Este está ante una problemática básicamente económica.

C. C. / V. A. O. Para terminar, ¿cuáles considera usted que pueden ser hoy los valores o éticas sociales que pueden suscitar consensos en América Latina o que serían merecedores de guiar las prácticas colectivas en la región?

A. T. Es una pregunta complicada porque hace tiempo que cayeron las grandes ideologías y utopías en América Latina. Me gustaría decir, sin embargo, que el problema no es que América Latina se deshaga de las ideologías viejas, sino que se enriquezca con ideas nuevas. Curiosamente, el problema de América Latina, a pesar de la imagen que mucha gente tenga, ha sido en general una ausencia o insuficiencia de movilización. Siempre he dicho que América Latina con frecuencia tuvo una situación revolucionaria, pero raras veces tuvo revoluciones. Las únicas revoluciones fueron la mexicana, la boliviana y la nicaragüense (la de Cuba no fue una revolución, sino una guerrilla exitosa, que es otra cosa). Es decir, considerando la mayor parte de los casos, América Latina es un continente más blando que duro, con una gran capacidad de integración parcial y de exclusión, lo cual tiene como resultado esta oposición entre una hiperintegración y una hiperexclusión (por eso el título francés de mi libro sobre América Latina es *Leparole et le sang*,

donde la palabra mira a la participación y la sangre significa exclusión». En síntesis, la sociedad latinoamericana esta dividida en dos partes. Y en una sociedad asi dividida, tan profundamente auzada-locualse profundizo en los últimos 10 años al ensancharse significativamente el porcentaje de la población excluida de un 40 a un 60^ al principio y al final de la decada de los ochenta, respectivamente- no hay ideologías, no hay movimientos de carácter nacional. Cuando los europeos nos referimos al movimiento obrero ingles, alemán o francés dentro de una ciudadanía o de una sociedad relativamente homogénea, con leyes, con procesos juridico-políticos. etcétera, no es igual en America Latina. Así, por ejemplo, generar una fuerza política que alcance a organizar las demandas del sureste y del nordeste de Brasil es prácticamente imposible. Lo mismo puede decirse de países como Perú, Argentina o México, metido este ultimo en un proceso de dualización rápidamente creciente. Entonces, refiriéndome a su pregunta, me parece que lo mas importante en America Latina es recrear la nación. Debe recordarse que las dictaduras militares tuvieron un efecto negativo en el sentimiento social de nación, considerado en su mejor sentido y no solo de manera populista. Pero el recuperar la conciencia de ser y tener una nación, lo cual en algunos casos no siempre se alcanzo como en varios países andinos, debe pasar por una disminución de las distancias sociales. Tener conciencia de ser una nación, saber que la ley se aplica en todas partes del territorio, que las reivindicaciones, por ejemplo, de mineros en zonas apartadas pueden llegar a la capital mediante procesos institucionales normales, todo ello es fundamental. Entonces, no deben oponerse el mundo de la economía y el mundo de la identidad o de la etnicidad. Yo creo que la gente que defiende, por ejemplo, reivindicaciones básicamente étnicas es gente que participa en esta destrucción de la realidad nacional que. como tal, solo es favorable a los grupos dominantes, porque mientras los pobres se redefinen no como explota-

dos o pobres sino como puros indios, se mantienen en su lugar, que es muy inferior o marginal o de exclusión o de no participación. Entonces, la gran tarea de América Latina, junto con la recuperación de la idea de nación es, en primer lugar, lograr la paz ahí donde todavía no existe, como en El Salvador o Guatemala, y en segundo lugar, iniciar el proceso hacia una disminución efectiva de las distancias sociales. Pero este hecho es totalmente opuesto a la situación que existe en Europa del Este, donde la gente siente de cierta manera desconfianza de la idea nacional, por su utilización en el pasado con efectos claramente negativos. Pero en América Latina, considero que esta conciencia nacional, pero muy vinculada con transformaciones sociales, puede ser de gran importancia para la región, por cuanto significa básicamente una actitud de responsabilidad. Creo que, y otra vez voy a criticar los temas clásicos de la izquierda latinoamericana, concentrar los ataques sobre la deuda externa, sobre los países del Norte, es hoy sumamente superficial y también peligroso. Entre otras cosas, porque se olvida cómo se formó la deuda y el papel desempeñado por los grupos dirigentes y los grandes ricos que exportaron la mitad o las dos terceras partes del equivalente de la deuda, utilizándola para el lujo o para falsas inversiones. En ese sentido, debe reconocerse la responsabilidad interna, primero en el endeudamiento y después en la recuperación. En lugar de tomar una actitud de colonizados, se debe tomar una actitud de independencia que, como tal, supone la responsabilidad nacional. Y ésta no es una cuestión de nacionalismo de banderita, sino de disminuir las distancias sociales. Lo que implica un Estado fuerte, una administración pública sólida y, más que nada, la formación de un movimiento a la vez social y nacional. Por esta razón, yo critico muy fuertemente el sistema nacionalista-popular. Ciertamente, en la actualidad este sistema terminó, pero cuando digo esto no quiero decir que hay que pasar a una sociedad británica del siglo XIX. De ninguna manera. Creo que

lo que fue América Latina lo seguirá siendo en alguna medida en el periodo que viene. Es decir, habrá una mezcla de preocupaciones político-nacionales, de integración nacional, con preocupaciones de cambio social. Integración nacional y cambio social seguirán siendo dos temas estrechamente vinculados.

EL "OTRO OCCIDENTE

Conversación con José G. Merquior

José G. Merquior nació en Rio de Janeiro el 22 de abril de 1941 y falleció a la edad de 49 años en enero de 1991. Realizó **estudios de filosofía, derecho y diplomacia en Brasil, así como** el doctorado en Estudios Latinoamericanos en París y el doctorado en Sociología de la London School of Economics and Political Sciences. A lo largo de su trayectoria diplomática, ocupó diversos cargos en Europa y en América Latina en el **momento de su muerte** era embajador de Brasil ante la UNESCO (París V

Comenzó su producción intelectual a la edad de 18 años, publicando diversos **artículos** sobre problemas estéticos. Su primer libro, *Razao do poema*, data de 1965 y constituyó la puerta de entrada de Merquior al mundo intelectual **brasileño**. Después de esta obra seguirán una veintena de títulos en los más diversos campos: **estética**, filosofía política y moral, historia de las **ideas**, **antropología** cultural, **entre otros**

Sus principales maestros fueron Claude Lévi-Strauss, Ernest Gellner y Raymond Aron. Buena parte de sus obras han sido traducidas a más de seis idiomas, pero ha sido particularmente apreciada por el público anglosajón. En Inglaterra publicó algunas de sus obras más célebres como: *The Veil and the Mask* (1979), *Rousseau and Weber* (1980), *Foucault* (1985),

Western Marxism (1986), *From Fragüe to París. A Critique of Structuralist and Poststructuralist Thought* (1986).

Su último libro, *Liberalism Old and New*, publicado postumamente a mediados de 1991, constituye un majestuoso fresco del pensamiento liberal de tres siglos, desde Locke hasta Bobbio.

No obstante la vastedad de los temas y campos abordados por Merquior a lo largo de su trayectoria intelectual, es posible reconocer algunas de las direcciones fundamentales en que se desarrolló su lúcido racionalismo. En primer lugar, cabe señalar su orientación en contra de cualquier modismo filosófico, sobre todo de fuente parisina; no dejándose seducir, por ejemplo, por los desvarios del psicoanálisis, el triunfalismo marxista, o por los endiosadores del irracionalismo, aun reconociendo el valor que tanto Freud, Marx y Heidegger tuvieron en el pensamiento contemporáneo.

En segundo lugar, conservó una posición crítica respecto a los estructuralismos y posestructuralismos en filosofía. Sus críticas a Foucault y Derrida están movidas por el temor a lo que él llamaba el "logocidio occidental", o el asesinato de la razón por parte de pensadores acólitos que, al abdicar de los análisis racionales para concentrarse en un falso esteticismo o en una artificialización del lenguaje, caían en un relativismo narcisista o en el imperio del mito.

En tercer lugar, a partir de su "racionalismo concreto" criticó severamente el formalismo estético, sin dejar de apuntar sagazmente las contradicciones entre la "liricidad" formal de Croce y su historicismo. Su empeño era, en este sentido, correlacionar unitaria y esencialmente forma, contenido y circunstancialidad histórica, a contracorriente de interpretaciones unilaterales que subordinan los valores del arte y el papel del artista a este u otro elemento abstractamente desvinculado de la estructura global del proceso de lo imaginario.

Finalmente, por lo que respecta a su posición en filosofía política, defendió un tipo de neoliberalismo que, según Merquior, no es sino un "social-liberalismo", con el cual defendía los valores existenciales, no invocados en razón de la "humanidad"

como pura abstracción, sino en función del hombre en su individualidad y subjetividad irrenunciables.

Este conjunto de propuestas y orientaciones presentes en la obra de Merquior han estado en el centro de importantes debates y discusiones y seguramente lo seguirán estando en los años venideros. Por ello, la muerte prematura de Merquior constituye una pérdida insustituible para el mundo intelectual contemporáneo.

La presente entrevista fue realizada en 1989 durante la gestión diplomática de Merquior en México. Con su publicación en estas páginas deseamos rendir un modesto homenaje a quien fuera nuestro amigo y maestro.

C. C. / V. A. O. Nos gustaría mucho poder aproximarnos en esta conversación a una especie de recorrido y balance de su estancia en nuestro país. En este sentido, quisiéramos comenzar por preguntarle ¿cómo se acerca usted a la filosofía y por qué razones, en lo particular, ha sido la filosofía política la que lo ha motivado durante el debate intelectual de los últimos años?

J. G. M. Yo creo que esto en realidad tiene un fondo vivencial que no puedo dejar de considerar. En efecto, a pesar de que yo sí venía de un curso de filosofía, salvo por los asuntos de estética, no escribía, es decir, no producía ensayos en este terreno, sino más bien en el de la crítica de arte, en el de la crítica literaria. Así sucedió durante mucho tiempo, desde los años sesenta-yo empecé a publicar hace exactamente 30 años-y hasta la mitad de los años setenta. Hasta que en un momento dado, que por casualidad coincidió con la permanencia de mi primer periodo diplomático en Londres, me volqué hacia estos temas. Yo ya tenía una relación con las ciencias sociales a raíz de mi participación de cinco años como alumno regular en el

seminario de Lévi-Strauss. Es decir, la renovación conceptual efectuada por los estructuralismos de mayor potencia, como en el caso de las propuestas del propio Lévi-Strauss, me habían atraído lo suficiente como para encaminarme hacia ahí. En este sentido me volqué con bastante curiosidad hacia la ciencia social y en especial hacia su nivel teórico.

Pero lo que de ninguna manera representaba para mí una preocupación central era precisamente lo político. Y creo que fue un sentimiento y reacción personal, sobre todo como latinoamericano, a lo que yo veía e interpretaba como una carencia de legitimidad, lo que motivó un cambio de perspectiva. En efecto, muchos de nuestros problemas, y en especial los que lindan con la política, son factibles de una subsumición conceptual bajo esta idea de carencia de legitimidad. ¿Qué pasa con nuestras estructuras, ya sean sociales, políticas, culturales? Sucede que este fenómeno de una carencia de legitimidad se presenta fuertemente entre nosotros y quizá más fuerte aún entre los sudamericanos, pues en aquel periodo de los años setenta nuestras estructuras y sistemas políticos pasaban por una larga fase pretoriana. Yo encontraba entonces que el fenómeno de una carencia de legitimidad se intensificaba en América Latina. Es un hecho que uno como latinoamericano tiene referencias axiológicas de tipo occidental moderno, cuestión que contribuye a intensificar el problema. Es decir, si ustedes son asiáticos o representantes de una élite intelectual o burocrática de una nueva nación africana, es probable que el dilema no se coloque en términos tan agudos, pues quizá una buena parte de sus referencias -a pesar de que la democracia, lo sé bien, es el esperanto, la lengua general de la política moderna- respondan a tradiciones distintas y a otras fuentes conceptuales posibles, a otro esquema de valores. Pero para nosotros, los latinoamericanos, estos valores pertenecen a un esquema axiológico occidental que sin duda agravaba el problema, al dejar todavía más clara la distancia entre discurso y

realidad en lo que se refiere a la práctica de determinados valores políticos y sociales de nuestro medio.

Entonces yo fui reaccionando a eso y de repente me encontré con el hecho de que la legitimidad se me deparaba como un problema teórico que requería un esfuerzo de reflexión más aplicado. De ahí la idea de realizar estudios de sociología política, los cuales emprendí en la London School of Economics and Political Science. A raíz de una conversación con el sociólogo Ralph Dahrendorf, gran liberal moderno que con mucho brillo dirigió por más de 10 años la London School, me dirigí hacia la obra de Ernest Gellner, obra que contemplaba, por ejemplo, una amplia reflexión sobre sociología de la modernización, pero no en ese sentido más bien estrecho de las sociologías convencionales de la modernización, sino con un respiro filosófico más bien amplio, que tiene que ver con los orígenes y la formulación filosófica de Gellner. Precisamente bajo la dirección de Gellner, que representó un par de años de inestimable estímulo intelectual, me encaminé al análisis de la legitimidad y la legitimación. El resultado lo constituyó el libro *Rousseau and Weber*,⁸⁶ que hasta la fecha -creo- es lo más extenso o riguroso que haya hecho. Ciertamente hay muchos ensayos, algunos recopilados en colecciones, y hay una parte de mi ensayismo en teoría política que yo llamo con un poco de ironía, naturalmente, "la dimensión demótica", es decir, son un par de libros o textos en los que intenté comunicar de manera más amplia determinados temas y problemas, pero, por supuesto, sin el nivel de profundización, al menos intencional, que tiene un libro como el referido. Finalmente, después de casi ocho años, este libro aparece en Brasil en su traducción portuguesa, cuestión que aproveché para escribir un prólogo, casi una introducción, en que me propongo tres tareas: primero,

86.J.G. Merquior, *Rousseau and Weber. Two Studies in the Theory of Legitimacy*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1980.

darme cuenta de la distancia transcurrida, advertir en qué estado de espíritu he escrito el libro y cómo lo haría o no lo haría hoy. Segundo, por supuesto, decir algo al lector sobre lo que pasó en los últimos años, ya sea en la "Rousseau scholarship" o en la "Weber scholarship", porque efectivamente sería ridículo intentar resumirlo. Ustedes saben que la "industria Rousseau" y sobre todo la "industria Weber" son incontrolables, por lo que sólo me propuse señalar lo que para mí constituye una línea de fuerza en el último decenio en la interpretación de estos dos magníficos teóricos, que están siempre planteándonos y replanteándonos problemas. Esa fue entonces la motivación. Mucho tuvo que ver en ello mi circunstancia personal de brasileño que llegó a la madurez biológica a fines del siglo XX y que, necesariamente, por esa inserción biográfica, se topó con los problemas de la legitimidad.

C. C./V. A. O. Precisamente lo que llama mucho la atención de este libro al cual usted hizo referencia es la asociación realizada entre Rousseau y Weber. No es común tratar de vincular dentro de la dirección problemática de la legitimidad a un autor como Rousseau, porque esencialmente este pensador ha sido retomado ahora, en algunas vertientes y por ciertas corrientes, como un anticipador crítico del racionalismo moderno, y que incluso usted mismo lo ubica en un acápite de su libro como "Rousseau, el anarquista". Entonces, ¿cómo es en estos momentos la valoración que usted realiza respecto a la "legitimidad de creencias" que detectaba en Rousseau y la "legitimidad bajo normas o hechos" que reconoce en Weber? Es decir, ¿qué diferencias o puntos de contacto finalmente siguen manteniéndose en la percepción de la legitimidad que Merquior tiene respectivamente de ambos autores?

J. G. M. En lo fundamental, en mi libro se propone, para decirlo así, un juego interesado en observar los resultados de asumir la perspectiva de Rousseau como una manera de criticar a Weber. Es decir, como una manera de reconocer-con todo el respeto que el inmenso valor de su obra nos merece, incluso por sus partes que en mi opinión permanecen solidísimas entre nosotros como cuestiones absolutamente seminales para la ciencia social- que en la obra de Weber existen puntos ciegos. De una manera general, yo diría que en los años setenta, para quien conoce un poco el impacto de los acontecimientos y pequeños traumas del decenio anterior, había una idea predominante sobre Weber que consiste en dos elementos: 1. Se trataba de valorar muchísimo e incluso de manera indiscriminada, su sociología política; es decir, Weber aparecía como el gran teórico del poder y del Estado y de fenómenos que finalmente la tradición marxista no supo enfrentar de manera satisfactoria. 2. Había, por otro lado, una cierta timidez o un cierto potencial de distorsión en la manera en que se veía al Weber metodólogo; es decir, muchas de sus páginas se habían publicado intentando incorporarlo al llamado campo de la "epistemología humanística". En suma, predominaba la idea de que la "sociología de la comprensión" nos alejaba de un ideal unificado de ciencia y, en particular, puesto que se subrayaba su énfasis interpretativo en detrimento de la explicación, nos alejaba de la perspectiva causal en ciencias humanas y sociales. Quizá sea bastante presuntuoso presentarlo así, pero en los hechos -yo era entonces más joven, lo cual aumentaba mi insolencia- intenté rebelarme contra estos dos aspectos. Primero, porque me parecía que una lectura profundizada de los famosos ensayos metodológicos de Weber de ninguna manera autorizaba la idea tentativa de hacer de Weber un "humanista"; es decir, alguien a quien repugna la explicación en ciencia, sociología y, especialmente para ser más específicos, la perspectiva causal en ciencia social. Weber dice todo lo contrario y, por

ello, dedico una buena parte del libro, todo un capítulo de los más largos (sino es que el más largo) y que curiosamente fue saludado en algunas reseñas como el mejor capítulo del libro -al menos en las reseñas así fue-, intentando mostrar que, de todos los grandes historistas alemanes -ya explicare después porque empleo la forma historista en vez de historicista, diferencia que me parece importante subrayar-, Weber ha sido el que "ha hecho las paces" con la tradición positivista, no en lo que tenía de grosero o en lo que realmente es anacrónico en la visión positivista del conocimiento, sino al contrario, en lo que tiene de permanentemente válido: una preocupación con la tarea explicativa y con la perspectiva causal. Me parece que Weber es claramente un gran señor de la llamada "sociología interpretativa", pero que *no* la concibe en oposición a una teoría de la explicación del hecho social, sino al contrario, que más bien las quiere armonizar, las quiere sintetizar. Y esto es un punto sumamente importante.

Ahora bien, este punto metodológico, que naturalmente involucra premisas epistemológicas importantísimas, no es todavía el punto político. En lo que se refiere a la visión que se tenía de la sociología política de Weber, yo encontré que esta sociología política, aunque riquísima en aspectos tales como el patrimonialismo o el feudalismo, desarrollados en su libro *Economía y Sociedad* (que en realidad no es un libro sino una colección de textos), era bastante deficiente en el tratamiento de cuestiones menos históricas desarrolladas en algunos de sus apartados más conocidos, como son la célebre tipología de la legitimidad y de la autoridad legítima. Yo intenté comentar esta reacción crítica mostrando que el punto central de la deficiencia era precisamente la ausencia de un espacio conceptual para una teoría democrática, para la inteligencia del fenómeno democrático. Y tuve la gran satisfacción de encontrar plena comprensión para esta actitud crítica en el gran especialista, ya no digo de la sociología política, sino de la política e

ideas weberianas, el profesor Wolfgang Mommsen, el descendiente del famoso historiador que, con su libro de hace ya un cuarto de siglo, cambió profundamente la visión que se tenía de Weber.⁸⁷ Mommsen, como ustedes saben, fue el hombre que rompió con la tendencia hagiográfica en la interpretación de Weber en este aspecto, mostrando que Weber fue efectivamente, como él dice, un "liberal desesperado", pero que este liberal desesperado no era exactamente un demócrata. ¿Por qué no decirlo? Y allí ven ustedes cómo se entronca fácilmente el tema rousseauiano. Precisamente con Rousseau, fundador de la teorización democrática, y con *El contrato social*, libro fuerte del democratismo moderno, estaba un ángulo fácilmente elegible como perspectiva crítica, a partir de la cual uno puede darse cuenta de esta deficiencia de la sociología política weberiana.

Esta perspectiva crítica no quiere decir que yo eche la sociología política de Weber a la basura, pues largas partes histórico-sociológicas a mi parecer siguen teniendo un inmenso valor, están llenas de elementos analíticos de la mayor importancia. Además, en otra parte de mi libro -que me atrevo a pensar que tiene alguna originalidad- intenté utilizar categorías weberianas para analizar fenómenos modernos que Weber no explicó, simplemente porque los conoció mal, pues en el momento de su muerte, 1920, no se habían desarrollado plenamente. Recuérdese por ejemplo, que en el caso de la revolución bolchevique, a pesar de que Weber escribió un par de artículos de sumo interés sobre sus inicios, su tratamiento quedó trunco. Así es que yo intento usar, o mejor dicho, fusionar, los conceptos *decarisma*, por un lado, y el *de burocracia* por el otro, para explicar -inventando un nuevo "monstruo" que sería la *burocraciacarismática*- la formación y el papel de las élites revolucionarias de nuestro tiempo. Se trata de un capítulo que se propone mostrar la fecundidad de los conceptos weberianos,

87. W. Mommsen, *Max Weber & Germán Politics (1890-1929)*, Chicago, University of Chicago Press, 1985 (1a. ed., 1959).

aunque usados de una manera que no le fue posible a Weber, sino que quedó a cuenta de sus eternos alumnos que somos nosotros.

C. C. / V. A. O. En lo particular, vemos que el trabajo de José G. Merquior tiene una dirección ciertamente "reconstru-
tiva". ¿En qué sentido? Sobre todo, porque realiza un énfasis muy notable en esta necesidad de la universalidad, pero no solamente en una dirección racionalista, sino también desde una percepción dual: antropológico-filosófica y antropológico-política. Es decir, ya no sólo en la vertiente que de alguna forma fue usufrutuada por el estructuralismo francés. Obviamente, sabemos que se trata de una fuente que usted ha explorado

68

bastante bien en su libro *La estética de Lévi-Strauss*, antecedente ratificado por usted casi al inicio de esta charla. Pero esta conjunción de antropología filosófica y política, bajo este nuevo sentido universalista, nos parece un elemento muy nítido por reconceptualizar o por "reencontrarse" con la historia a partir de una nueva perspectiva de coyunturas muy específicas, que son materia de la tradición historicista. Y en este caso, un ejemplo de tal tentativa lo ubicamos en su texto recientemente publicado: "Reinterpretando la revolución",⁸⁹ en donde usted "historiza" la revolución francesa, todo este debate de las tradiciones que se fueron sobreponiendo unas a otras y que finalmente nos dan, en el momento contemporáneo, una lectura completamente distinta de la idea previa que teníamos, una lectura que al paso del tiempo supusimos haberla hecho de una forma, pero que en la realidad resulta ser otra. Es decir, la

88. J.G. Merquior, *La estética de Lévi Strauss*, Barcelona, Ediciones Destino, 1978.

89. J.G. Merquior, "Reinterpretando la revolución", *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, México, Núm. 16, julio-agosto de 1989, pp. 11-31.

revolución francesa, que aparentemente todos festejamos como una herencia común y un proyecto moderno, sin embargo, en el devenir cronológico, tal y como usted lo va recogiendo de manera antropológica en cuanto a las interpretaciones históricas, nos dice más bien que estamos viviendo el triunfo de la "ContraIlustración" y que estamos viviendo ahora un momento de parteaguas, de grandes definiciones y refuncionalizaciones que nos permiten confrontar la revolución en forma distinta. ¿Aprecia que esta lectura nuestra se aproxime a la intencionalidad que actualmente tiene usted acerca de esta nueva forma de tratar la historia de las ideas políticas de modo más global, a una posibilidad de la "reinserción" como método y lectura factible de las ciencias sociales para los próximos años?

J. G. M. Sí, ustedes lo dicen muy bien. Creo efectivamente que el caso de la revolución francesa es ejemplar, porque el resultado práctico de esta labor de revisión historiográfica -a la cual pertenece el texto que ustedes amablemente han referido, texto que es parte de una larga introducción mía a la edición brasileña del *Diccionario de la revolución francesa* de Francois Furet, quien comparte, junto a notables expertos contemporáneos en Francia, pero también en Chicago y en Oxford, esta tentativa de revisión- es que deja muy clara la distinción entre "método" y "mensaje", por así decirlo, de la revolución francesa. Es decir, rechazo al método siempre que estemos en un contexto democrático-liberal. En gran medida, la historia es la crónica de la ingratitud humana y, precisamente porque la Revolución nos ganó este tipo de instituciones y sistemas políticos, podemos rechazar la violencia política como método y podemos dejar que ésta sólo sea propugnada por marginales de nuestro medio sociointelectual, pero básicamente dentro del hecho de que hay un consenso sobre procedimientos pacíficos de competencia política dentro de las llamadas instituciones democrático-überales. Bueno, rechazo al método,

pero manteniendo seguramente el mensaje, porque si se concibe que el mensaje ha consistido principalmente en tres elementos: derechos humanos, la idea del principio democrático y el principio de la soberanía nacional, los tres están definitivamente con nosotros. Y aun cuando en cada caso se puedan apuntar raíces que naturalmente van más allá de la revolución francesa, sin duda el punto catalítico históricamente fue, en los tres casos, la gran revolución francesa. Entonces, en este sentido, se puede dar por terminada la revolución francesa, dar su epílogo, así como en la práctica se terminó hace mucho -que es la propuesta de Furet- y, al mismo tiempo, con esta salvedad, si se termina con ella, especialmente en cuanto a la mística del método, mismo que el liberalismo contemporáneo puede plenamente archivar, no se puede terminar jamás con la mística del mensaje, porque ésta sigue siendo perfectamente válida. Al decirlo así, se me ocurre completar la respuesta a su interesantísimo comentario, diciendo que esto nos lleva a un punto más del historicismo y se vincula con lo que me preguntaron previamente, pues se trata de evitar la tendencia a razonar en términos de "falacia genética", como diría nuestro querido Norberto Bobbio. Es decir, se trata de ver que se puede extraer de la revolución francesa algo que sigue con nosotros, cuestión que sin duda constituye un punto de la problemática historicista. ¿Por qué pasa eso? ¿Por qué un acontecimiento, cuyo bicentenario se conmemora, es efectivamente tan memorable contra lo que dice cierta crítica conservadora que tiende, a veces de manera brillante como en el caso de Simón Schama,⁹⁰ a minimizarla totalmente? No, no hay por qué minimizarla, pues sigue viva con nosotros. Pero, ¿cómo sigue viva? ¿Es que entonces no hay "falacia", no hay posibilidad de reducir estos valores a su origen histórico, so pretexto de que se trataba de intereses

90. S. Schama, *Citizens: a Chronicle of the French Revolution*, Londres, Viking, 1989 (traducción al español: Buenos Aires, Argos-Veraga, 1990).

de clase, de situaciones que ya no tienen nada que ver con las aspiraciones legítimas de nuestro tiempo? ¿Cómo que no lo tienen? Pregúntese a los señores de *Solidaridad* en Polonia si los derechos humanos, la democracia y la soberanía nacional no les interesan. Era lo que decía Bobbio en su famosa polémica con Della Volpe: usted está cometiendo, señor Della Volpe, una "falacia genética", al decir que derechos humanos y que democracia política, en suma, que estas cosas que usted llama valores burgueses o de clase, habían nacido involucrados en situaciones donde el interés de clase estaba muy presente. Pero no importa, hay que separar el valor y el significado de estas cosas, hay que separar la funcionalidad histórica de su origen histórico. Es decir, la historia no es simplemente mirar hacia atrás, es mirar hacia adelante y esto sigue vivo con nosotros.

C. C. ' V. A. O. Nos gustaría conducir la discusión hacia algunos de los temas, viejos y nuevos, de la filosofía política. En particular, tomando como punto de partida el artículo que usted escribió sobre el pensamiento de Bobbio y en el que se toma al paso la polémica Anderson-Bobbio, para replantear y repensar teóricamente las tensiones liberalismo/socialismo y socialismo/democracia,⁹¹ nos gustaría conocer su opinión sobre el debate que ha venido perfilándose significativamente dentro del propio liberalismo: el debate entre una vertiente neoliberalista que, independientemente de las muchas diferencias entre sus representantes, podría ser valorada como un "individualismo radical" o un liberalismo conservador, nos referimos a autores como Hayek, Friedman, entre otros, y la vertiente liberal-democrática, representada por autores como Macpherson, Laski, Rawls y el propio Bobbio. Específicamente, ante la

91. J.G. Merquior, "Defensa de Bobbio", *Nexos*, México, Vol. 2, Núm.130, octubre de 1988, pp. 31-44.

perspectiva de refundamentación y de refuncionalización neoliberal de un individualismo radical, de exclusión-desligamiento del individuo respecto de los controles sociales, ¿cómo pueden argumentarse significativamente mecanismos de regulación, sean económicos, jurídicos o políticos, de los extremos del individualismo y de la libre competencia?

J. G. M. Bueno, ustedes tienen la grabadora exactamente ⁹² encima de mi último libro: *Liberalism Old and New*, que quedó listo hace pocos días y el cual será editado en Estados Unidos. Tuve la preocupación de terminarlo aquí en México, porque he entrado en esta fase difícil de mudanzas que satura a cualquiera. Se trata de un volumen de 300 páginas acerca de 300 años de la idea liberal. Como es usual, parto de Locke hasta el presente. Si revisamos el índice, se va delimitando la división del liberalismo clásico; pero en la parte contemporánea, ustedes observan que distingo entre familias conceptuales; por ejemplo, los neocontractualistas se diferencian del neoevolucionismo de Hayek, por un lado, y del "liberalismo sociológico" de Aron o de Dahrendorf, por el otro, y así sucesivamente. El texto va a tener, quizá, un apartado de cierto interés sobre la situación del liberalismo en la entreguerra, periodo en que las dos figuras dominantes me parecen haber sido Kelsen, en la Europa continental, y Keynes, para el mundo anglosajón. Toda una serie de problemas, incluso de distinción entre liberalismo conservador y conservadurismo liberal, son encarados en otro lugar estratégico del libro.

Pero lo que yo quería decir es que su pregunta es muy oportuna, porque me parece que existe indudablemente una base que va ganando fuerza de consenso, respecto al renacimiento liberal de nuestra época y, sobre esta base, se dan

92. J. G. Merquior, *Liberalism Old and New*, Boston, Twayne Publishers, 1991.

diferencias muy importantes, empezando por lo que va haciéndose, digamos, motivo de lugar común, de reconocimiento casi universal-no todavía universal, pero sí tendencialmente-, que es la recuperación de lo que yo llamo, remontándome por supuesto a las polémicas italianas de casi 50 años, "liberismo", es decir, el valor y la posición estratégica de la libertad económica, de una economía descentralizada, de una economía que sea lo opuesto a una economía dirigida. Este valor me parece cada vez más claramente reconocido. Es decir, en los días de la *Perestroika*, en los tiempos de las reformas chinas, no cabe más duda de que se está creando una convergencia hacia el reconocimiento valorativo de tales principios. Esto es un dato. ¿Y cuál es la reflexión de orden más general de todo esto? Pues para mí es muy simple y dedico a ello unas páginas. Bobbio también las sugiere nítidamente en libros como *El futuro de la democracia*.⁹³ Y es que mientras que hace 40 años se tenía básicamente una situación en la que el liberalismo real se enfrentaba al socialismo ideal, el primero perdía en la disputa, porque todos los defectos y deficiencias de nuestras sociedades industriales avanzadas-o dicho de otra manera, democracias industriales de tipo liberal-, estaban muy recientes y visibles, y todo el lado joven y bello de la promesa socialista permanecía intacto. Cuarenta años después -hoy, para simplificar- ésta ya no es la confrontación. La confrontación actual es distinta, y lo es de dos maneras. ¿Cuáles son? Primero, la confrontación hoy no es ya entre liberalismo real y socialismo ideal, es entre liberalismo real y socialismo real. Han cambiado los términos, porque 40 años de expansión socialista y naturalmente más de siete decenios en el caso soviético, etcétera, están creando ahí el mundo de los socialismos reales. Entonces, la comparación ahora es entre liberalismos reales y socialismos reales. Y en esta comparación pierden los socialismos reales, porque no se puede

93. N. Bobbio, *El futuro de la democracia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

dejar de constatar que ellos no tienen superioridad ni en la creación de la libertad, ni siquiera en la cuestión de la justicia y ya no hablo de la creación de la eficiencia.

Ustedes recordarán ese famoso escrito que Keynes incluyó en sus *Essays in Persuasion*,⁹⁴ donde decía que los ideales liberales se pueden resumir en tres cosas: el ideal de libertad, que tiene vinculación con el gusto individualista típicamente moderno por la variedad y diversidad de la vida; *el ideal o un requerimiento de eficiencia económica y la exigencia de mayores niveles de justicia social*. Por cualquiera de estos criterios, ustedes no convencen a la población de un país europeo occidental de que su contrapartida en un país europeo oriental esté mejor. Seguramente no es más libre en ningún aspecto fundamental de su vida; seguramente no viven una sociedad más eficiente en ningún aspecto, salvo algo completamente marginal. Puede ser que los misiles sean más eficaces, pero por lo demás, nada. Y lo que es peor; uno tiene la impresión de que tampoco hay superioridad desde el punto de vista de justicia social, con todos los mecanismos de seguridad personal. Y estoy hablando de la población, precisamente, para que no se piense que estamos refiriéndonos a entes o clases sociales de renta más alta.

Entonces, este fracaso rotundo de los socialismos reales, repito, es el gran hecho en la confrontación ideológica de nuestra época, y esto se conecta inmediatamente con la revaloración del liberalismo, del principio de la libertad económica, que está siendo buscado en este momento por los propios dirigentes máximos de los países comunistas. De lo que se trata es de saber cuál es la mejor combinación, es decir, cuánto de libertad política debe ir en la fórmula. Gorbachov aparentemente concluyó que era mejor empezar con una fuerte dosis de liberalización política, aunque no sea democratización para los

94. J.M. Keynes, *Essays in Persuasion*, Londres, Norton, 1963 (traducción al español: México, Grijalbo).

critérios occidentales, para así provocar el "despegue" de la liberalización económica. Los chinos, como sabemos, hicieron una opción muy distinta y se están enfrentando a los problemas que todos conocemos, precisamente porque el elemento de libertad política no fue injertado en el sistema, pero en cambio, el elemento de libertad económica, sobre todo en lo que se refiere a la reforma de la economía rural, fue implantado en dosis más fuertes que en la Unión Soviética. Se discute entonces sobre las fórmulas y los aspectos, pero el rumbo de la cuestión es evidente. Entonces, el problema tiene una dimensión planetaria. México busca reformar su economía en este sentido. Las aspiraciones y tendencias en esta dirección en Brasil, Argentina, ahora quizá en Perú, donde sea -y no tenemos que hablar de Europa Occidental-, son, pues, evidentes. Ahí está la base, el elemento común.

Ahora, yo les prometí hacer un comentario sobre la bifurcación por donde, a pesar del elemento común, empezarían las divergencias. Y aquí tiendo a concordar en que puede ser que nuestro repertorio no sea común. Yo no pondría a Macpherson como liberal. Macpherson me parece un demócrata que se autodefinió en una tradición más bien radical, donde determinados valores liberales no están presentes. Los otros nombres que ustedes citan sí lo son sin duda y Bobbio lo es de manera evidente. Es decir, hay una tradición que yo prefiero llamar "social-liberal", que estaba representada de manera moderada por Keynes y Kelsen en los años treinta, y sigue hoy representada por hombres como Bobbio y Dahrendorf. Son personas que piensan y tienen muy presente que el liberalismo es una condición necesaria de la libertad global, pero no es una condición suficiente. Y ahí se inicia la discrepancia, porque los liberales neoconservadores, como Hayek por ejemplo, casi hablarían en sentido inverso; y por lo mismo, por la lógica de su posición teórica, terminan por criticar la democracia y por sugerir alternativas a ella. La obra más tardía de Hayek está

llena de estas ideas un tanto extrañas, sobre cómo sustituir el conjunto de instituciones y el juego de presiones que significa por entero la democracia liberal entre nosotros y en el mundo industrial más avanzado. Al contrario, mientras que para Bobbio -que además tiene páginas críticas de sumo interés sobre Hayek - como también para Raymond Aron, que era una persona que la izquierda francesa crucificaba en su tiempo como demasiado proclive a la OTAN y, por lo tanto, conservador, ¡U na caricatura! Este hombre fue siempre un "social-liberal", un gran teórico de lo que él llamaba, empleando su expresión "síntesis liberal-democrática": síntesis de derechos políticos clásicos con derechos sociales modernos. Y afirmaba que era imposible dar marcha atrás en esta síntesis, cuestión de la que también estoy convencido. Y no sólo estoy convencido de que es imposible invertirlo en términos digamos europeos, sino que como latinoamericanos todavía menos, porque lo que para ellos son conquistas que habría que dismantelar, para nosotros son conquistas muchas veces para el futuro, son quehaceres nuestros. Por tanto, yo creo que la propuesta social-democrática en nuestra América Latina actual es una propuesta revolucionaria, seguramente no en su metodología política, sino por su impacto social, por su sentido renovador. Entonces, mi posición es muy clara: es plenamente social-liberal.

Ahora bien, no hay que tergiversar en este punto. La posición social-liberal no significa estatismo en ningún aspecto y mucho menos en el económico. Al mismo tiempo, no significa lo que yo llamo la "estadofobia", siendo ésta una especialidad de posiciones neoconservadoras que no tienen además una idea adecuada sobre cuál ha sido el papel histórico del Estado en el mundo moderno como un todo y, entre nosotros en particular, como tarea. En consecuencia, es perfectamente posible ser liberalista sin ser antiestatista, en este sentido vulgar e indiscriminado: *estadóforo*. Yo intento mostrar que hay allí una línea intermedia; por ejemplo, que el Estado no dirigista, no

tiene que dejar de serlo del todo; es decir, que no sea dirigista, pero que no deje de planear. El Estado japonés es un ejemplo magnífico de economía donde todos los señores de la iniciativa empresarial están presentes. ¿Pero quién diría que el Estado japonés se lava las manos en materia de economía interna? ¿Cómo que no tienen un papel orientador de la inversión y de las condiciones de la competencia externa? Yo defiendiendo precisamente esta idea en mi último artículo publicado en Brasil. Sostengo la tesis de que ustedes se van a reír- hay mucho espacio para un "bonapartismo económico" entre nosotros. Y así como el bonapartismo político consistía en salvar a la burguesía de sí misma, yo creo que existen espacios para que salvemos nuestro capitalismo, que es un capitalismo -depende del contexto nacional- a veces poco robusto. Hay que salvarlo de los propios capitalistas, especialmente cuando ellos utilizan mecanismos paternalistas y parasitarios *que defienden al capitalista, sin defender al capitalismo*. Yo soy un firme partidario del capitalismo, porque mi reflexión histórico-personal, sin ninguna originalidad, me ha convencido de que se trata de la mejor máquina de producción de prosperidad. Y entiendo también que la producción de justicia, en las condiciones del hombre moderno, pasa por la producción de la prosperidad. El igualitarismo de la penuria es probablemente lo que Engels tenía en mente cuando habló del "socialismo de los imbéciles". Son cosas indelebles por y para el hombre moderno.

C. C. / V. A. O. Aprovechando que usted ha mencionado los nombres de algunos autores, fundamentalmente Bobbio y Rawls, que están en el centro de lo que se ha llamado un *revival* del neocontractualismo y del neoutilitarismo, *revival* que, a decir de algunos pensadores italianos como Salvatore Veca, tiene como fundamento una "filosofía práctica", nos gustaría conocer su opinión respecto a las posibilidades de conciliar, en el seno de esta revitalización de perspectivas, la racionalidad

individual, de naturaleza egoísta según algunos de los autores de la *rational choice*, con una racionalidad colectiva, limitada éticamente por fines utilitaristas, sociales y globales. Aunado a esto, ¿cómo puede entenderse este *revival* de corrientes?, ¿qué factores o circunstancias lo explican?

J. G. M. Bueno, comenzando por un punto más general, yo intento hacer una distinción. Es interesante el *revival* neocontractualista cuando se presenta, por ejemplo, en una obra como la de Rawls, pero me parece demasiado abstracto. Es una crítica que yo asumo sinceramente. Cuando ustedes leen la *Teoría de la justicia*** y por otro lado leen un ensayo de Bobbio, ustedes sienten inmediatamente que se están moviendo en universos conceptuales distintos, a pesar de que exista, hasta cierto punto, una perspectiva neocontractualista común. Pero en un caso de discurso de análisis político, está absolutamente lleno de referencias histórico-políticas de tal manera concretas, que ustedes están ubicados en su grado de cercanía hacia la materia histórica, y la cuestión política es mucho mayor que en estos grandes ejercicios escolásticos a los que se entrega Rawls. Y esto me hace pensar que, pese a la naturaleza del discurso de que ciertas bases conceptuales permitan hacer un capítulo donde se ponga a Rawls al lado de Bobbio y viceversa, en realidad, por el espíritu más que por la letra, Bobbio está más próximo a un sociólogo que trata estos temas fuera de esta perspectiva jurídico-filosófica, como es el caso de Dahrendorf, que a la de Rawls y su progenie. Claro, esto para empezar. En segundo lugar, este problema de la armonización de la racionalidad individual, de un utilitarismo más estrecho, son consideraciones que también podrían ser utilitarias pero de orden más general. Es un problema al que estoy muy atento en Inglaterra,

95. J. Rawls, *Teoría de la justicia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1979.

sobre todo en la obra además de que es un gran amigo de Samuel Brittan, que tiene sobre todo una formación económica sólida y brillantísima, pero que hoy escribe indistintamente entre la economía y la ciencia política, en libros como *The Role and Limits of Government. Essays in Political Economy*⁹⁶ o *The Economic Consequences of Democracy*,⁹⁷ que es un hermoso libro. Y lo que Brittan y otros subrayan habría que considerar colateralmente las contribuciones de Olson es el hecho de que grupos organizados puedan sobresalir del sistema democrático de la manera más legal y abierta del mundo, para finalmente hacer prevalecer intereses particularistas que en realidad provocan problemas tanto del orden general como de la prosperidad. Para este problema no tengo una solución fácil y lista ni creo que nadie la tenga. Ese quizá sea el problema. Porque otro problema es el paso a la democracia y es un problema que todavía se vive en países como los nuestros, que caminan a la democracia o a la democracia plena. Es otro nivel histórico del problema. Pero una vez instalados todos los mecanismos básicos de la democracia liberal moderna, ahí empieza otro tipo de juego que tiene que ver con eso: con el conflicto, más que posible, probable, entre distintas estrategias racional-utilitaristas, creando situaciones que pueden ser enormemente nocivas en algunos casos.

La única solución admisible no hay fórmula infalible es una especie de concertación continua entre los interesados, entre los distintos grupos de interés, de lo cual hay ejemplos, por lo que en el fondo no es una tragedia tan grande. ¿Qué pasa con la industria alemana? Pues en la industria alemana los grupos representantes de obreros y empresarios parece que no

96. S. Brittan, *The Role and Limits of Government. Essays in Political Economy*, Minnesota, The University of Minnesota Press, 1984.

97. S. Brittan, *The Economic Consequences of Democracy*, Londres, 1979.

se entienden tan mal, parece que hay un sentido de que conviene mostrar lo que sería ideal para unos y otros, a fin de que estén aseguradas determinadas tasas de crecimiento, de mantención de eficiencia y de capacidad exportadora. Entonces, hay ejemplos modernos de lo anterior y ¿cómo le fue posible a España, en un momento crucial de su historia, consolidar su democratización, si no con los Pactos de la Moncloa? Es decir, el liberalismo, bajo el libre juego de las fuerzas del mercado, y sobre todo por el hecho de que las decisiones económicas sigan descentralizadas y que la innovación, el riesgo y la decisión económicas se queden en nivel microburocrático y no macroburocrático, es perfectamente compatible con prácticas de concertación inteligente. No engendra un paraíso o un mundo social perfecto, pero la verdad es que en ciertos contextos nacionales engendran niveles de eficiencia y ejemplos similares. Se ve muy claro que uno no puede envolverse en la bandera nacional para defender situaciones de precios internacionales que están 40% por encima del costo. ¿Pues entonces cómo quieren?

C. C. / V. A. O. En esta circunstancia, evidentemente nos acercamos al tema que creemos sintetiza bastante bien la percepción que hemos tratado de realizar con este recorrido, el cual se concentraría en la cuestión de cómo poder configurar "otra modernidad", "Otro Occidente" y cómo estas tradiciones filosófico-políticas de las que hemos venido hablando finalmente nos obligan a replantearnos estos problemas sin tener la forzosa necesidad de seguir subsistiendo, sino de proponer nuevas formas de convivencia con estas corrientes de pensamiento, que en las más de las ocasiones, en vez de ayudarnos parece que nos abruman. Por ende, nos agradecería oír, como remate al contexto de esta plática, *in extenso*, ¿cuál sería

esta lectura del "Otro Occidente" y de la "otra modernidad" que desde América Latina podríamos ir forjando reflexivamente como punto de partida?

J. G. M. Bien puedo repetir lo que ya he dicho en mi ensayo relativo al tema:^{98*} primero, la idea dialéctica del "Otro Occidente" creo que tiene que jugar en los dos sentidos. Se trata de mencionar que nuestro Occidente, por supuesto, es distinto, periférico, con características bastante específicas en relación con el Occidente más avanzado e históricamente más antiguo. Pero al mismo tiempo se trata del "Otro Occidente", no de otra cosa. No se refiere a una extensión de un continente a otro, pero sí de algo definitivamente conectado en su dinámica central con valores y tendencias del mundo occidental y en posición privilegiada. En este sentido, ¿por qué otras partes del globo, que también estarían en contacto con él, no lo pueden ser tanto? Porque hace falta el sentimiento de íntima pertenencia a una cultura que finalmente es la dominante nuestra. Entonces, por eso insisto tanto en la idea de que somos y hacemos una modulación y diferenciación de Occidente, pero nunca en una posición simplemente antitética, como si fuéramos en realidad otra cosa, como si Occidente fuera una especie de trampa que arbitrariamente nos atrapó. Ahora, por otro lado, debo decir lo que insinué allí: venimos de una sociedad -y no podría ser de otra manera-señorial y patrimonial/proteccionista. El Estado patrimonial/proteccionista, la sociedad burocrático-señorial que le dio origen, son nuestras raíces. *Y se trata hoy de caminar rápidamente hacia la reforma del Estado, más que hacia la revolución de la sociedad.* No se trata de hacer la revolución de la sociedad, sino la reforma del Estado. ¿Y por qué? Porque se

98. J.G. Merquior, "El Otro Occidente. (Un poco de filosofía de la historia desde Latinoamérica)", *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, México, Núm. 13, enero-febrero de 1989, pp. 9-23.

trata de que, mientras que en nuestro pasado, por determinados momentos o digamos auges de nuestra historia -y esto es notable en el caso de la riquísima historia de México-, hubo capacidad para el ejercicio de un genio integrativo -similar a lo que ocurrió en Brasil en el caso étnico-, hoy se trataría de reasumir ese reto de la integración, contestando aquellas dos preguntas: en primer lugar, ¿a quién debemos integrar? Pues a nuestras masas, que en gran parte siguen marginadas: 40 millones en la penuria absoluta en Brasil, 60 millones en la pobreza. Son entre un cuarto y un tercio de nuestra población. Dejo a ustedes los porcentajes mexicanos, pero cada uno de nosotros los tiene muy parecidos. Es evidente que la integración significa la tarea número uno. Ahí está perfectamente perfilada ante nosotros la tarea del año 2000. Ahora bien, ¿qué debemos integrar? Metodológicamente, la respuesta es: hay que ver cuál es la máquina de producción de riqueza más eficiente y que más prontamente puede derramar prosperidad de manera tal que estas masas se integren. Esta máquina se llama *capitalismo* y todo discurso que lo cuestione es un discurso históricamente inepto. No sólo históricamente inepto, sino también históricamente ignorante, porque los datos ahí están. La tecnología para mejorarlo consiste en un conjunto de instituciones económicas que conocemos con el nombre de *capitalismo*. Ahora, ¿qué debemos integrar a esto y a qué debemos integrarnos? Pues por la misma lógica, al oleaje de la economía internacional, que será paralelamente fuente de una gran parte de esta respuesta y en la cual países como los nuestros - vamos a hablar claro, no todos los países latinoamericanos- ya tienen ahí una posición y un grado de inserción que parece bastante promisorio. Así pues, liquidación del Estado patrimonial, integración de masas e integración a la *world economy*, la economía-mundo. Estas me parecen estas las tareas, sólo que no suenan muy poéticas. Las versiones heroicas del revolucionarismo clásico, el famoso retrato del Che, pues tienen un poco más de "atractivo", pero son,

si se quiere, harto prosaicas respecto a las anteriores líneas de fuerza. Líneas de fuerza que nos prometen la verdadera liberación, que es la liberación de la pobreza, de la ignorancia, de la demografía irresponsable.

ÍNDICE

PROLOGO

PRIMERA PARTE

1. AMÉRICA LATINA EN EL TIEMPO EUROPEO
2. LOS PROBLEMAS DE LA CONSOLIDACIÓN DE LA DEMOCRACIA
3. EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA:
¿CONSERVADURISMO O DEMOCRACIA
LIBERAL?
4. AMÉRICA LATINA: ¿RENACIMIENTO O
DECADENCIA?

SEGUNDA PARTE

5. EL RETO DE LA INTEGRACIÓN Y EL CAMBIO
EN AMÉRICA LATINA
Conversación con Alain Touraine
6. EL "OTRO OCCIDENTE"
Conversación con José G. Merquior

Impreso por
Litografía e Imprenta LIL, S.A.
Apartado 75-1100
San José, Costa Rica
366608

